

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.



El sepulcro de Julia, copia de un cuadro de Vandael.

LOS ROSALES MORALISTAS.

I.

UNA CARTA DE MADRID.

Acababa de instalarme en mi casa de campo, y me paseaba una mañana por entre las plantas de mi jardín,
25 de Noviembre de 1851.

cuando vi entrar en él al único hombre que me tiene ligado á la córte durante el verano.... al cartero.

Puso en mis manos una carta, pagué el porte, la abrí y leí lo siguiente:

«Mi querido amigo,

«No querrá vd. crearme, y sin embargo, es verdad cuanto voy á decirle. Es una horrorosa historia y con su desenlace puramente novelesco.

«Se acordará vd. sin duda de la señorita doña Amalia de la Roca, de aquella criatura celestial que encontramos juntos en los elegantes salones de la señora de X... Los diamantes se oscurecían delante del brillo de sus ojos; y vd. convendrá conmigo en que las hojas de sus camelias no son más finas que sus labios y sus mejillas. En cuanto á la elegancia y á la finura con que se viste, creo que compete con los deslumbrantes adornos de las ladis inglesas, de las princesas rusas y de las soberanas de la Moldavia y de la Valaquía. ¡Es imposible que vd. la haya olvidado!

«Ya sabe vd. que desde que pude admirarla no vi más que á ella en medio de la fiesta.

«Mientras que los pretendientes y los futuros diplomáticos, rodeaban á las hijas y á las sobrinas de los ministros y de los embajadores, ella, que no tenía otro poder que su sonrisa, estaba sola en su silla al lado de su madre....

«¡Salté de indignación! y yo que no bailo nunca, yo que no distingo una mazurca de un rigodon, le ofrecí la mano y me puse á dar brincos á fin de poder hablar con ella.

«¡Qué talento! ¡Qué gracia y qué donaire!...

«Le propuse hasta un wals por aproximarme más á ella. El wals me ha mareado siempre, y aquella noche me trastornó no solamente la cabeza, sino el corazón.

«No me ha vuelto vd. á ver desde este baile, amigo mío; yo no existía ya más que para la señorita Amalia de la Roca. Todos mis camaradas lo adivinaron y por consiguiente no tuve necesidad de participarles el suceso.

«Durante el invierno la he seguido de salón en salón; le sacrifiqué mis noches de Teatro Real; descuidé mis antiguas visitas; me privé de ir al Casino; en una palabra, después de haber bailado con la bella Amalia un sin número de polkas y después de haber jugado con su respetable mamá un millar de veces al tresillo, me decidí á pedirle la mano de su hija á la entrada de la cuaresma,

«Esta mano adorada me fué prometida; Amalia misma me dió su palabra, como puede darla una persona de su mérito, es decir con el silencio y la emoción.

«Las seis semanas que trascurrieron me parecieron seis días á su lado.

«Y sin embargo. ¡Por cuántas pruebas me hizo pasar la madre para lograr la conquista de su hija! La señora de la Roca es hermana de todas las cofradías, presidenta de todas las sociedades filantrópicas, tesorera de todas las juntas de beneficencia. Tomé billetes para todas las funciones en provecho de artistas pobres, fui uno de los más generosos contribuyentes para socorrer las monjas, los espósitos, los niños del hospicio, los pobres de San Bernardino; ¡cuántos sermones, cuántas salves y cuántas misas oí!...

«En fin, aproximábase el día de la recompensa: la hora del contrato iba á sonar.... mas una noche encontré una nueva visita en el salón de estas señoras.

«Era don Alberto Sotavilla uno de los jóvenes más elegantes de Madrid.

«Llevaba corsé, botones de rubí en las mangas de la camisola, hablaba de actrices, de perros de caza, de duques y de modas; no se sentaba, sino que se tendía en los sillones, se reía á carcajadas de sus propios chistes, y miraba con cierto desprecio á los que no participaban de sus costumbres.

«En conciencia no pude hallar en él otras cualidades que la tontería y la impertinencia.

«Ahora bien, juzgue vd. de mi profunda sorpresa. Tuvo un éxito loco cerca de estas señoras.

«Al siguiente día conocí que este individuo me sobrepujaba en consideración respecto á aquella casa.

«Al otro día ya no encontré á mi futura. Don Alberto la había acompañado con su madre al paseo del Retiro.

«Dos días después, Amalia criticó con dureza la forma de mi sombrero.

«Por último, yo debí despedirme para evitar que me despidiesen en regla.... Y en el momento que escribo á vd. la presente, acaba de anunciar el *Heraldo* el próximo enlace de don Alberto Sotavilla, con la señorita doña Amalia de la Roca.

«¿Comprende vd. esto?

«Me hubiera levantado la tapa de los sesos de un tiro sino fuera porque me propuse descubrir la hazaña por la cual me ha suplantado mi rival.

«He reflexionado, he estudiado y he variado de opinión.

«El único título grave del futuro, es haber inventado un chaleco ridiculo adoptado con entusiasmo por su sastre.

«He aquí lo que me ha quitado el corazón y la mano de una persona encantadora.

«¿Comprende vd. esto? ¿Qué me dirá vd. para consolarme?

«Apresúrese vd., pues dentro de ocho días ó me doy de cuchilladas con don Alberto Sotavilla, ó bogo á velas desplegadas con rumbo á la América del Norte.

«Soy su amigo desesperado.

«ANTONIO DARO.»

Madrid etc. etc.

II.

RESPUESTA DE UN BOTANICO.

La anterior carta me dispensa de hacer el retrato de Antonio. Es un hombre tan grave y tan distinguido, como se puede serlo á los treinta años, y en medio del desahogo y descanso que puede proporcionar una buena fortuna; pero tan violento, tan apasionado, que es necesario una sangre fría imperturbable para traerle á la razón.

Yo le contesté á correo seguido estas pocas palabras:

«Su carta de vd. me ha sorprendido podando un rosal.

«Espere vd. para levantarse la tapa de los sesos á que hayan brotado los primeros capullos.

«No se dé vd. de cuchilladas con el señor de Sotavilla, porque cometería vd. el grave crimen de privar á su sastre de un nuevo chaleco para la próxima estación.

«En vez de partir para la América del Norte venga vd. á buscarme entre mis flores. Ellas se tomarán el trabajo de hacer olvidar á vd. á la señorita Amalia de la Roca, y á la señora de Sotavilla.

«Mis flores le esperan, y yo le aguardo á vd. pasado mañana.»

III.

PRIMERA LECCION.—EL ROSAL LUNARIO.

Antonio fué exacto, pero le vi llegar más desconsolado que nunca. El anuncio de la segunda amonestación para

la boda le fué siguiendo hasta diez leguas distante de Madrid. El nombre de *Amalia* se asomaba á cada instante á sus labios, acompañado de suspiros que salían de lo mas hondo de su corazón.

El primer día hice como que no apercibía nada de cuanto sufría; pero á la mañana siguiente paseándose conmigo por el jardín, exclamó Antonio:

—Y bien, amigo mio, deseo saber lo que las flores de vd. tienen que decirme para consolarme.

Estábamos entonces en un ángulo del jardín delante de un rosal lunario casi pegado al muro.

Una araña había tendido su tela entre dos fuertes ramas, y permanecía en emboscada detrás de una hoja seca.

—He aquí á la señorita Amalia, dije á mi amigo.

—¿Una araña? ¡qué blasfemia!

—Una coqueta. Sigamos sus movimientos que vamos á ver á los Antonios, ó si quiere vd. mejor, á los Albertos, caer en el lazo.

Al cabo de algunos instantes, se posó sobre la tela una mosca grande.... La araña se adelantó para cogerla pero la estatura de la presa la hizo retroceder. La cautiva se aprovechó de esta dilación para defenderse lo mejor que pudo, y logró escaparse haciendo un agujero en el tejido.

—Primera lección, amigo mio, dije á Antonio: si vd. hubiese tenido el valor de esta mosca en los salones de la señora X*** caminaría vd. en el mundo en todo el lleno de su fuerza y de su libertad. Pero aquí viene otra aturdida amenazada del mismo riesgo que vd.

Con efecto, otra mosca mas pequeña se echó sobre la tela en la cual quedó prisionera. La araña alargando sus ocho patas onguiculadas se lanzó resueltamente, picó al pobre animal en el corazón aspirando toda la sustancia, y dejó caer el resto en tierra, como una coqueta rechaza á un adorador. Esta fué la segunda lección que apliqué á mi amigo Daro. Después de esto, la señorita Amalia.... me he equivocado, la araña, sintiendo sus fuerzas reanimadas, lanzó su fluido viscoso, recompuso su red y tornó á ponerse en emboscada.

—Esto es admirable, dijo Antonio; jamás había yo observado estos fenómenos.

—Espere vd. mi amigo; no deje vd. de observar, que la tercera lección será la mejor. *Tertia salvet.* ¿Ve vd. esta otra araña que se acerca lentamente á la primera? Es mas pequeña, y sin embargo es macho (tal es la ley del Criador entre los insectos.) Para nuestro objeto es un Antonio, un pretendiente, un futuro. Observe vd. como contempla á su futura; como titubea aproximarse á ella; como retrocede después de haber arriesgado dos pasos. Se reconoce usted, ¿no es verdad? En cuanto á ella su actitud es todavía mas curiosa. Finge no ver á su admirador, aunque le atisba perfectamente con sus ocho ojos. Mas mire vd. al macho que se tranquiliza y toma confianza. Ella acaba de darle su palabra sin decirle nada.... como la señorita Amalia. El se adelanta hácia ella: acaban de renocerse en medio de la tela:

Aquí Antonio me cogió del brazo y me interrumpió con un grito de espanto.

—¿Qué tiene vd? le pregunté con calma.

—¡Cómo! ¿vd. no lo ha visto? ¡No hay mas que una araña!

—Con efecto, le dije sin admirarme; ya yo esperaba eso

mismo. La futura se ha lanzado sobre el pretendiente y le ha devorado vivo (4). Tal es el desenlace de la coquetería de las arañas. He aquí como las Amalias de mi jardín tratan á los Antonios de la vecindad. ¿Y podrá vd., después de lo que ha presenciado, quejarse de ser abandonado por causa de un rival; vd. que solo tiene que lamentar algunas polkas perdidas, algunas partidas de tresillo inútiles, algunos napoleones gastados, y algunos suspiros desvanecidos!

Dejé á Daro delante del rosal sumergido en la mas honda contemplación. Alivió su rencor sacando á la araña de sus redes y aplastándola con el pie. Luego cogió una rosa medio abierta y comenzó á pasearse conmigo sin acordarse de la señorita Amalia.

IV.

PERIPECIA.

Yo le creí en camino de curarse, pero cinco días después le ví entrar asustado.

¿Qué acaba de ver? A Alberto de Sotavilla en persona hablando con el hortelano de la casa de campo que linda con la mía.

Esta fatal aparición reverdeció la herida del pobre Antonio. Su enfermedad tomó desde entonces otro carácter. Llegó á ponerse misántropo, y encontró la sociedad abominable.

V.

SEGUNDA LECCION.—OTRO ROSAL.

—Nada está en su lugar en la tierra, exclamó una mañana, paseándose por mi jardín. El mundo está gobernado por la injusticia, por la tiranía ó por la intriga. ¿Por qué una muger de talento se enamora de un imbécil, de un ser ridiculo?

El interés personal despojaba á su argumento de toda autoridad.

—¿Por qué, añadió generalizando la idea, vive vd. en la comodidad, y yo en medio de la riqueza, al mismo tiempo que aquel hombre que pasa por allí vive en medio de la indigencia y de la miseria? Si el talento y el mérito destronase la tontería y la incapacidad; si este aldeano ocupase á su vez nuestra posesion y nos enviase á residir á su cabaña, ¿qué gran mal resultaría de ello? Yo se lo pregunto á vd.

—¿Me lo pregunta vd., amigo mio? Este rosal responderá por mí. Su historia probará á vd. que cada uno y cada cosa representa su papel en la tierra; que lo que ofende nuestro talento y nuestro corazón tiene su justicia y su razon de ser; que destruir el orden establecido es destruirlo todo sin fundar nada, y que los pequeños no pueden abatir á los grandes sin caer con ellos. Este rosal está enfermo, ya lo mira vd.; sus hojas se inclinan y se van secando y sus capullos se corrompen antes de abrirse: es evidente que agoniza. Era el mejor rosal de mi jardín. ¿Quién le ha perdido? La revolucion de su pie contra su cabeza. Escuche

(4) Léase la *Historia de las arañas*, por el baron de Walckenaër.

usted esta historietta, porque reasume la de todas las sociedades.

Habia en una ocasion un pobre rosal silvestre que crecia ignorado en una haya, entregando á la casualidad sus simples flores de cinco pétalos, arrancadas al paso por las manos de los niños ó por el diente de los animales, ahogadas las mas veces por la multitud de plantas que les disputaban la tierra y el sol.

Pasando un dia mi jardinero por delante de la haya, distinguió el rosal silvestre, admiró la fuerza y la rectitud de su tallo y dijo:—Este arbusto merece salir de aqui y ocupar un puesto mas honroso en mi jardin.

Y hablando de esta manera despojó al rosal silvestre de sus parásitos, le arrancó con especial cuidado y trasladó sano y salvo á la escelente tierra y bajo la hermosa esposicion en que le ve vd.

No paró aqui la historia. Despues de haberle salvado, se ocupó de embellecerle y para este efecto le ingertó con otro rosal de la mejor especie.

El ingerto produjo el resultado que se descaba, y el verano último el pobre niño de la haya llegó á ser el rey de mi jardin. Hallábase admirado y respetado entre todos, coronado de las rosas mas seductoras. Todos querian propagar sus retoños en la comarca donde su fama se habia propagado estraordinariamente. Mi jardinero no tenia para él ni agua bastante limpia ni cuidados minuciosos para cultivarle.

De esta manera hubiese vivido todo el tiempo que puede vivir un rosal, si su tallo no hubiese comenzado á razonar.... como vd. lo hace ahora.

—Este jardinero, dijo, no entiende nada respecto á la organizacion de los rosales. So pretesto de elevarme me ha convertido en un esclavo despreciable. Protestemos contra esta explotacion.

Y desde este momento el rebelde arbusto, en vez de enviar su savia á los retoños que formaban su diadema, la guardó dañosamente para los botones silvestres que brotaban debajo del ingerto. Estos botones facciosos han sido visibles, pero la podadera de mi jardinero les ha hecho justicia, y el licor vital ha debido continuar subiendo hasta la altura del ingerto. Pero en la última vegetacion nuestro rosal filósofo ha ocultado su jugo. Ha lanzado debajo de la tierra un retoño misterioso que ha salido en un parage bastante lejano para que no fuese advertido por el jardinero. Ha prodigado á este retoño conspirador toda la savia de que disponia, y ha logrado por este método hacer que languidezca su corona y herir de muerte el rico follage y las nobles flores que ofuscaban su orgullo. El misero producto de su revolucion, ha tenido algunas semanas de triunfo... Creyó que iba á sobrepujar en altura al otro rosal, y á llegar á ser el rey del jardin; pero antes de ser bastante alto para ver palidecer y sucumbir á su rival, ha espirado ahogado por sus vecinos sin rosas, sin sol y sin defensa. Mire vd. aqui su tallo muerto y sus hojas por tierra, únicamente buenas para echarlas en la estufa.

Ahi ha perecido todo: rosal silvestre, rosal artificial y retoño, porque un descontento ha querido cambiar el orden establecido.

Este argumento visible impuso silencio á Daro. Añadi á su régimen la contemplacion de las plantas, la de la aurora y la del crepúsculo de la tarde; los paseos á pie y á caba-

llo en los bosques y las llanuras, y creí que por fin habia olvidado á la señorita de la Roca....

VI.

RECAIDA.

Pero una mañana al regresar de un largo paseo, pasando por delante de la posesion inmediata, vimos la verja abierta, y en frente de la verja una carretela que acababa de llegar, y dentro de la carretela, la señorita de la Roca, ó mas bien la señora de Sotavilla con Alberto su marido.

Habian alquilado aquella quinta para la estacion, y venian al salir de las nupcias á pasar alli la luna de miel.

Toda la moral de mis flores se disiparon á semejante aspecto, y Antonio no tuvo fuerzas mas que para llevarme á casa ocultando su emocion.

—¡Los dos juntos! exclamó. ¡Los dos á veinte pasos de mí! ¡los dos, felices y triunfantes, mientras que yo estoy confundido entre la multitud á punto que ni siquiera me han reconocido!

—Diga vd. mas bien:—¡Cuando yo soy bastante débil y bastante tonto para hacerles un pedestal con mi abatimiento!

Este espolazo hizo levantar la cabeza á Antonio. Obtuve de su valor que no huiria y que permaneceria conmigo.

—¿Obtendré mas todavia, amigo mio? le pregunté. Vencedor y triunfante me presentará vd. pronto á la señora de Sotavilla. Este desenlace será la obra de algun otro rosal.

VII.

TERCERA LECCION.—EL GIGANTE DE LAS BATALLAS.

Con efecto, poco á poco, y bajo las dulces influencias de la contemplacion de mis flores, acostumbé á Antonio á pronunciar sin turbarse los nombres de Amalia y Alberto. Hasta los encontró un dia en la aldea, y tuvo la vanidad de oponer la sangre fria á su asombro. Esta sangre fria, hizo enojecer de despecho á la señora de Sotavilla, lo que colmó á mi amigo de una secreta alegría.

Sin embargo, asaltaban á su imaginacion de vez en cuando enfadosos pensamientos, mas yo le conduje un dia delante de un rosal llamado el Gigante de las batallas. Era el mas orgulloso y el mas brillante de mis rosales.

En este momento sufría el ataque de un millon de enemigos.

—¡Justicia celestial! dijo Antonio. ¿Qué ejército es éste de insectos verdes encarnizados en las ramas mas tiernas y en derredor de los botones?

Abrió un libro que llevaba debajo del brazo, el mejor tratado de botánica que se ha escrito, y leí en voz alta una de sus páginas, que dice asi:

«Estos pequeños insectos, que cubren el tallo del rosal, y que parecen inmóviles, son pulgones nacidos á una linea ó dos del sitio en que se encuentran ahora, y los que no se atreven á avanzar una pulgada mas en toda su vida. Tienen una pequeña trompa que introducen en la epidermis de la rama, por medio de la cual chupan ciertos jugos de que se alimentan.... Algunas veces llegan á punto de hacer un agujero en la rama que habitan; pero todo conduce á

creer que esto lo practican en la efervescencia de una juventud borrascosa.... Estos estravíos son muy raros. Algunos de estos insectos tienen alas; pero estas alas no les nacen mas que á una edad madura. El único cuidado grave que parece ocupar la vida de los pulgones, es la de cambiar de vestido. Cambian de piel cuatro veces antes de ser pulgones perfectos: les queda todavía un cuidado que llenar, y es el de multiplicar su especie. No tienen, como lo cuadrúpedos, la necesidad de alimentar á sus hijos; ponen sus huevos como las aves; los encierran en una caverna con bastante alimento. El pulgon fabrica sus hijos al mismo tiempo que chupa su rama y no se vuelve para ver al hijo que acaba de dar á luz; si la madre no se atormenta por su hijo, el hijo tampoco le paga con el amor filial lo que ha recibido del amor maternal, etc., etc.»

Me de detuve viendo á Antonio estupefacto.

—He aqui, le dije, la imagen de los pensamientos roedores que pululan en su cabeza de vd., engendrándose los unos con los otros, para devorar en comun el poco cerebro que le queda á vd.

—Es verdad, dijo suspirando; ¿pero cómo desembarazarme de ellos?

—Como mi rosal; esto no es difícil. Mire vd. aqui tres gusanos que se encargan de libertarle de sus enemigos. El uno es este verde, ancho y largo, de seis patas, de un gris con pintas amarillas. Establecido en medio de una hoja, se alimenta de los pulgones que la rodean. El otro es este animal verde con rayas amarillas. Caza los pulgones con un tridente y los arroja al suelo muertos y disecados. El tercero es el *leon de los pulgones*, como le llama Reaumur; se los come con extraordinario apetito.

—Pero estos cazadores, exclamó Daro, son animales horrosos.

—A vd. le parecen tales, como todo pensamiento que distrae á vd. de la señora de Sotavilla. Pero mire vd. esta hoja; sobre ella se pasea un animal delicioso, anaranjado, amarillo ó encarnado sembrado de pintas negras y azuladas. Es la cochinilla, el primer gusano de que he hablado á vd., la providencia que salva á mi rosal de los pulgones. Y esta pequeña mosca, negra y amarilla, con las alas tan rápidas, que revolotea por encima de nuestra cabeza; y esta otra mosca mas bonita todavía, con sus alas de un trabajo exquisito y sus ojos mas brillantes que la piedra mas fina, estos son los otros dos gusanos que tanto le horrorizaban á vd. devorando los pulgones. Estos son los pensamientos que librarán su imaginacion de vd. de las preocupaciones renacentes; pensamientos insoportables en un principio, despues graciosos y encantadores, pues que viniendo del cielo, tornan al cielo despues de la dichosa metamórfosis, como los salvadores alados de mi Gigante de las batallas.

VIII.

CURA RADICAL.

Antonio meditó ocho dias sobre esta leccion, y sobre otras veinte que mis flores le daban á cada paso.

El noveno dia encontramos al entrar en casa una tarjeta del señor de Sotavilla, y una invitacion de su esposa para un sarao que daban la noche siguiente. Antonio sonrió sin turbarse y sin encolerizarse, y asistió conmigo al convite

de nuestra vecina ... pues para él no era ya otra cosa que nuestra vecina; mi amigo estaba radicalmente curado.

Ya no temia ser comido como la araña; no pensaba tampoco en destruir las leyes establecidas en el mundo como el rosal silvestre. Los animales de la naturaleza le habian persuadido.

No tuve que hacerle mas que una reconvenccion durante el sarao, y fué la de haber triunfado demasiado de las ridiculeces de Alberto Sotavilla, y de haber abusado de la burla que hizo indirectamente á su ex-futura.

—Le mostré á vd., le dije al oido, el *leon de los pulgones*. Limitese vd. á ser el leon de esta quinta; pero guárdese vd. bien de hacer una victima.

M. DE L. J.

El presente grabado es el retrato de Vandaël, autor del cuadro con que hemos encabezado el anterior artículo. Para complemento de nuestro trabajo nos ha parecido oportuno añadir una noticia biográfica de este célebre artista.

Juan Francisco Vandaël, nació en la patria de Rubens y de Van-Dyck, el 27 de mayo de 1764.

A la edad de doce años fué enviado al taller de un pintor al temple y de adornos, y siguió poco tiempo despues los cursos de la academia, con el objeto de aprender el dibujo lineal. Estos primeros ensayos despertaron en él



Vandaël.

el gusto por la pintura, la que no tardó mucho en ser su profesion esclusiva. No bien llegaba la hora de acostarse, á fin de burlar la vigilancia paterna, se encerraba en su aposento, sacaba un cobertor de la cama y le ponía delante de la ventana para que la claridad de la lámpara no revelase sus trabajos. Nuestro jóven entusiasta recogió bien pronto el fruto de sus asiduas tareas; la academia le concedió por dos años consecutivos los dos primeros premios de arquitectura.

Semejante estímulo exaltó de tal manera la imaginacion

de Vandael, que se fugó de la casa paterna, y se trasladó á Paris, en reclamacion de aquella libertad sin la cual ningun genio se desarrolla.

Sus primeros pasos en esta moderna Babilonia no fueron os mas afortunados; pero poco á poco fué dándose á conocer de una manera ventajosa. Vandael tomó la paleta y los pinceles, buscó un asunto. Una rosa colocada á su lado, exhalando agradables perfumes, llama visiblemente su atencion. Admira la forma y el color de esta flor, y reproduce al punto su imagen. Vandael llega á ser pintor de flores, y adquiere en este género una grande reputacion. Encuentra un protector que le proporciona medios para que continúe. Hace obras maestras; un solo cuadro que contenia una rosa nada mas le vale 2,000 reales. Seria enojoso enumerar los infinitos ramos de flores que pintó durante su vida. Napoleon y Luis XVIII tributaron grandes honores á este distinguido artista, que espiró el 20 de marzo de 1840. Sus despojos mortales fueron depositados en el conocido cementerio del P. Lachaise, al lado de la tumba de Gerardo Van Spandonck.

De este modo lograrán que un dia se hallen confundidas las cenizas de los dos mas famosos pintores de flores del siglo XIX.

GLORIAS DE ESPAÑA.

LA CONQUISTA DE MALLORCA.

I.

Coronadas estaban las risueñas playas de la fertilisima isla de Mallorca por la inmensa muchedumbre que de la ciudad morisca habia salido á presenciar la llegada de la flota combinada de las islas, que regresaba al puerto conduciendo la mejor presa que en aquel año (el de 1229) á los cristianos se habia hecho. Siempre era un grande motivo de gozo para aquellos codiciosos piratas el ver regresar á sus naves victoriosas con algunos despojos cogidos en alta mar ó en las mismas costas de la Peninsula en que desembarcaban por sorpresa; pero entonces el júbilo llegaba á su colmo, al distinguir que no eran ni una, ni dos, sino muchas, las naves cristianas que venian apresadas. Pero algunos soldados viejos, algunos moros que habian hecho sus campañas en la Peninsula, cuando distinguieron en las naves cautivas las insignias del rey conquistador don Jaime I, lamentaron la presa en lugar de celebrarla y pronosticaron grandes males que de irritar á tan poderoso rey podrian suceder. Era entonces don Jaime el principe mas belicoso y emprendedor de toda España, y teniendo ya apaciguado su reino, y favorecido con la guerra que por aquel tiempo se hacia en Castilla á los moros, se hallaba en la mejor disposicion para acometer nuevas empresas, entre las cuales, ninguna mas útil, ni mas honrosa, que la de esterminar los corsarios que de las islas Baleares, entonces bien pobladas de moros, salian á infestar las marinas de España, desde el Pirineo hasta el Estrecho.

Así fué que á los pocos dias se presentó en la corte de Retabohibes, rey moro de Mallorca, un mensajero de don Jaime, reclamando enérgicamente la entrega de las naves apresadas. El rey moro, naturalmente orgulloso, estábalo aun mas con su reciente triunfo; así es que recibió al embajador con tanto desprecio como arrogancia, y así que se

enteró de lo que reclamaba, le preguntó con altanería:

—¿Y quién es el que te envia con tal demanda?

—El muy poderoso monarca don Jaime I de Aragon y Cataluña.

—¿Y quién es ese monarca para nombrarle siquiera delante de mí?

—Es, contestó picado el embajador, un hijo de aquel rey de Aragon, que en las Navas de Tolosa humilló para siempre el poder de los tuyos, aniquilando todo su ejército.

Tan arrogante respuesta hizo al viejo rey moro saltar de sus almohadones, y venir contra el embajador con ademán colérico; pero éste que ya estaba ofendido, y que sabia muy bien á quién allí representaba, hizose dos pasos atrás, y llevando la mano á la espada, hubiéralo pasado mal Retabohibes, á no interponerse los cortesanos presentes que sacaron prontamente de allí al embajador. Dábase voces el rey para que le arrojasen al mar; pero ellos que sabian como los cristianos respetaban el derecho de gentes, y que no dejaban de conocer obraba su rey con temeraria imprudencia, le acompañaron hasta la nave para resguardarle del furor del populacho, y le aconsejaron que si en algo estimaba su vida, no volviese á parecer por allí con tal demanda.

Quando don Jaime el Conquistador se enteró de cuanto habia pasado, no prorumpió en ninguna expresion de cólera, sino con la mayor tranquilidad, y como quien está seguro de ver logrado bien pronto lo que se propone, le dijo á su embajador:

—Te juro que he de humillar á ese altivo pagano, y que le he de traer á mis pies arrastrando por la barba!

II.

Una inesperada y feliz circunstancia aceleró la expedicion á Mallorca mucho mas pronto de lo que el rey don Jaime se habia prometido. Con motivo de tener que pasar á Tarragona, tuvo la honra de hospedarle en su casa un ciudadano muy principal, llamado Pedro Martello, el que para festejar al monarca, dispuso un convite al que asistieron todos los caballeros del séquito de don Jaime y los mas notables de la ciudad. Entre tales gentes y en tal época, aquella conversacion que se anima tanto al final de los convites no podia menos de girar sobre asuntos de guerra y de conquistas. Las ventanas del salon de convite, abiertas para refrescar el ambiente en un caluroso dia de verano y para proporcionar una vista deliciosa, daban á la marina, produciendo un encanto indecible la vista del azulado mar, en calma é inundado por los cálidos rayos del sol: parecia como que el alma se ensanchaba ante aquel magnifico espectáculo de la naturaleza. Pedro Martello, levantándose como inspirado, se acercó á una de las ventanas, y tendiendo el brazo al lejano horizonte, hácia donde las ondas del Mediterráneo iban á tropezar en las costas de Mallorca, exclamó:

—El que anhele dar nuevas pruebas de valor.... ¡allí!... Allí, es, señores, donde debe acudir el que desee adquirir prez y honra inmortal, el que quiera adquirir ricos despojos y conquistar á su rey un nuevo estado.

Viendo el efecto que producian sus palabras y estimulado por el rey á continuar, se estendió grandemente, como conocedor que era de todo, sobre la fertilidad de la isla de Mallorca, sus riquezas y excelencia, la necesidad que habia

de castigar el atrevimiento de los moros piratas y de vengar los muchos robos y desafueros que habian hecho en las costas de la Península.

Entusiasmados los barones y los nobles caballeros que allí se hallaban con la enérgica pintura que Martello les hacia de aquel país que razonablemente podian mirar como el término de sus conquistas, no pudieron contener la expresion de sus deseos, como deseando explorar la voluntad del monarca. Don Jaime estaba gozoso por el giro que tomaba la conversacion, tan favorable á sus intentos, y conociendo que todos deseaban escuchar su aprobacion, habló así:

—He jurado conquistar á Mallorca, y de vosotros pende que pueda cuanto antes cumplir mi juramento.

Un grito universal de alegría contestó á las palabras de don Jaime. Don Nuño, conde de Rosellon, levantando hácia el cielo su brazo armado con su formidable espada, exclamó:

—Juremos tambien nosotros sobre estas espadas y en presencia de nuestro rey, combatir y vencer sobre aquellas rocas.

Todos los guerreros, contemplando con ojos inflamados las lejanas costas de Mallorca, repiten el juramento, y á su voz responden los entusiastas aplausos del numeroso pueblo que por interés y por curiosidad rodea el edificio: el estruendo se esparce por la costa, atraviesa las olas y va hasta ser repetido por los ecos de los valles y montañas de Mallorca.

III.

El miércoles 6 de setiembre al amanecer, salió del puerto de Salou, cerca de Tarragona, y con direccion á Mallorca, la armada del rey don Jaime. Este activo monarca habia sabido aprovechar de tal modo el entusiasmo general, la buena voluntad con que todos le ofrecian vidas y haciendas para la empresa, y el generoso donativo de las córtes de Barcelona, que muy en breve pudo aprestar una armada de ciento treinta y cinco velas, en las que se contaban veinte y cinco naves mayores, doce galeras y muchos bergantines, llevando á bordo hasta quince mil infantes y mil quinientos caballos. Era un espectáculo verdaderamente admirable la partida de las naves con sus pabellones, armas y aprestos: el mar estaba en calma, un viento favorable inflaba las velas y las poderosas naves rasgaban el espumoso seno de las ondas amargas dejando en pos de sí ancho y progresivo surco. Todo era alegría en la tripulacion, en la juventud animosa y en los ilustres generales que la acaudillaban. Los marineros entonaban sus coros favoritos al acompasado sonar de los remos, y no faltaba tambien algun inspirado trovador que cantase los héroes antiguos que habian perecido gloriosamente en las batallas ó habian sobrevivido á las destrucciones de la guerra, y al escuchar los antiguos recuerdos, los sentimientos enérgicos se despertaban con viveza en el ánimo enardecido de los oyentes.

De improviso un estruendoso y alegre clamoreo se levanta en toda la armada: he! allí, por fin, aquella isla de Mallorca tan deseada; hé allí ya la antigua ciudad morisca con su carácter romántico, sus casas blancas, sus techos rojizos y sus minaretes elevados. El viento, empero, que

tan favorable se mostraba en aquella corta navegacion, cambia caprichosamente casi al tocar en la isla, y el mar se alborota y la armada se desordena, y para acrecentamiento del peligro, hombres de aspecto feroz aparecen en la costa, dispuestos á estorbar el desembarco. En dos distintos puntos tratóse de verificarlo, en los puertos de Polencia y de Palumbaria, y en ambos lo estorbaron el temporal y el enemigo, hasta que á pesar de estos dos obstáculos, la nave de don Jaime fué la primera que echó la gente en tierra en Santa Poncia á unas treinta millas de la capital.

Era tal el ansia que los cristianos llevaban de pelear, que así que estuvieron formados en tierra, se adelantaron contra una avanzada morisca que á la vista estaba y que volvió las espaldas al verse acometida. Todo era para mejor disimular y atraer á los cristianos á una emboscada que el rey moro tenia sagazmente dispuesta á la falda del monte Portopi, entre unos bosques y quebradas en que los soldados de don Jaime se metieron inconsideradamente, siendo cargados con extraordinaria furia por los enemigos que en gran número bajaban del monte. En aquel trance, sabedor don Jaime del conflicto en que los suyos se hallaban, arengó á los veinte y cinco hombres escogidos que junto á sí tenia y con ellos se lanzó al medio del peligro. Favorecido por su valor y su fortuna, contuvo el impetu de los infieles, hasta que llegó el grueso del ejército y entonces, despues de una reñida batalla, los moros tuvieron que huir sin poder rehacerse en la cima del monte en que habian fijado sus reales, de los que se apoderaron los soldados del rey conquistador.

Tan lisonjera victoria no causó toda la alegría que debiera, por haber muerto en la refriega caballeros tan ilustres como don Ramon de Moncada, y don Guillen de Moncada, vizconde de Bearne, pérdida tan sentida de todo el ejército que, ansioso de venganza, pedia marchar sin dilacion contra la capital de Mallorca, y efectivamente, así convenia hacerlo; pues tomada ésta, toda la isla habia de rendirse sin dificultad.

IV.

Desde que las tropas de don Jaime fijaron sus reales á vista de la ciudad, muchos dias pasaron sin que adelantasen lo mas mínimo para conquistarla. Tenia la plaza altas y fuertes murallas, estaba bien provista de viveres, y habianse encerrado en ella todos los habitantes de la comarca, dispuestos á defenderse hasta el último extremo. Apenas se acercaban los cristianos á la muralla, cuando eran recibidos con un diluvio de flechas y con las enormes piedras lanzadas con la honda, ejercicio en que tan diestros fueron siempre los habitantes de las Baleares. A pesar de esto y de las salidas que los sitiados hacian para impedirlo, los cristianos lograron, protegidos por sus máquinas de guerra, aproximarse á las murallas, y á fuerza de picos arrancar las piedras de los cimientos de las cuatro principales torres, dejándolas apuntaladas con gruesas vigas, que fué esta una de las principales operaciones de las guerras de aquellos tiempos.

En día señalado y puesto en buen orden el ejército, se pegó á un mismo tiempo fuego á las vigas que sostenian á las cuatro torres, y estas vinieron bien pronto abij)

aterrador estruendo. Los sitiados estaban llenos de terror, y franca la entrada á la ciudad por cuatro partes, y sin embargo nadie osó por entonces acometer. Estaba la noche cercana y solo se cuidó de que los enemigos no escapasen por las mismas brechas; pero ellos que no tenían esperanza de pasar á el Africa, y que ademas habian apurado ya todos los medios de concierto, estaban resueltos á sepultarse con sus murallas, y al romper el alba ya estaban sobre ellas y sobre las ruinas de las brechas, bien dispuestos al combate. Don Jaime, para el asalto, dividió su ejército en cuatro divisiones, que habian de atacar á la vez por cuatro distintos puntos; pero en vano dió y repitió la señal del combate: los soldados permanecian inmóviles, como sobrecojidos á vista del peligro. Asombrado de tal novedad, salió don Jaime al frente de las filas, espuesto á los tiros de los enemigos, que le reconocian muy bien por su casco en figura de dragon, y con voz enérgica habló así:

—¿Qué esperais, soldados míos? ¿Qué haceis que no acometeis con vuestro acostumbrado valor? Animo, pues, á la pelea: aquellos son los mismos enemigos que estais acostumbrados á vencer. Por aquel camino, y con la espada en la mano llegaremos al término de nuestros trabajos y á recibir el premio de nuestras fatigas.

No pudo decir mas: escitadas las tropas con las palabras del rey y saliendo de su estupor, parten á la muralla con grande griteria, y arrollando á los moros que con tanto corage defendian las brechas, trepando por entre sus

cadáveres y entre las ruinas, penetran en la ciudad. Allí se renueva la pelea, y los moros, de calle en calle y de casa en casa, se repliegan al alcázar dejando la ciudad abandonada al saqueo. Don Jaime el Conquistador llega tambien al alcázar, y penetrando en él con sus valientes soldados, les grita:

—Dejad el rey moro para mí.

El misero Retabohihes estaba, mas muerto que vivo, oculto en un sucio y retirado zaquizami, de donde le sacaron á presencia de don Jaime. Asíóle éste de la barba y le hizo caer de rodillas á sus pies, levantando al mismo tiempo la espada en ademan de cortarle la cabeza; pero al contrario, luego que con aquella accion hubo cumplido su juramento, envainó su espada, hizo levantar á Retabohihes y le prometió que se portaria bien con él, y así lo hizo, no solo con el rey moro, sino con un hijo suyo que allí se hallaba, de trece años de edad, el que luego se hizo cristiano y á quien el rey, que fué su padrino, heredó convenientemente en tierras de Valencia.

Dióse el asalto de la ciudad el último día del año de 1229: consagróse la mezquita en iglesia cristiana y á poco fueron rindiéndose los demas castillos y pueblos de la isla. Desde entonces don Jaime I de Aragon y Cataluña tuvo un reino mas, y Mallorca pasó á ser uno de los mas ricos florones de la corona de España.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE



Asíóle éste de la barba y le hizo caer de rodillas á sus pies.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

LA LLAVE DE GENTIL HOMBRE (1).

ANECDOTA HISTORICA.

Llaman á Velazquez principe de los pintores, y con justa razon. Los cuadros suyos que conserva el Museo de Madrid, son un elocuente testimonio de su grande ingenio.

Fué discípulo de don Francisco Pacheco, y Pacheco tenia una hija bastante hermosa llamada Juana, de la cual se prendó Velazquez muy de veras, y la pidió á su padre en matrimonio.

La fama de Velazquez cundió por las provincias, llegó á Madrid, penetró en el alcázar de Felipe IV, y despues se propagó por toda la Europa civilizada. Quiso conocer á Velazquez el rey de España, y Velazquez pasó á la córte, echóse á los pies del rey, y éste le acogió con aquellas demostraciones de admiracion que desplegaba en pró de los buenos artistas.

El soberano, el conde-duque de Olivares, las dignidades mas altas de la córte fueron retratadas por el inmortal Velazquez.

Felipe IV habló cierto dia al artista de la siguiente manera:

—Velazquez, es de mi agrado que traslades tu taller á mi palacio: quiero que vivas en la misma casa dondè reside la magestad de España.

Y Velazquez consintió en ello de buena gana, y vivió en palacio con su muger, y tuvo allí sus mejores discípulos.

Una mañana temprano, y en la que Velazquez trabajaba en el cuadro famoso de las *Meninas*, le sorprendió un jóven de unos veinte y dos años, de gallarda y simpática apostura; pero pobremente vestido.

—¿A quién buscáis? le preguntó Velazquez.

—A vos, al principe de los pintores, respondió el jóven.

—Gracias, ¿Qué solicitais de mí?

—Vuestra opinion acerca de este cuadro.

Y puso en sus manos un lienzo pequeño que representaba la cara de una Dolorosa

Velazquez le examinó algun tiempo con extraordinaria detencion, y preguntó en seguida.

—¿Quién ha pintado esto?

—Yo, respondió el jóven con altivez artistica.

—¿Cómo os llamais?

—Bartolomé Murillo.

—No os conozco.

—No es extraño; he vendido mis cuadros muy baratos, y adornan las habitaciones de los pobres y algun que otro convento de aldea.

—¿Qué pretendéis?

—Vuestra enseñanza y vuestra proteccion.

Los artistas se comprendieron, y como Velazquez no era envidioso, protegió á su jóven paisano, y le dió trabajo, mesa y cama en su propio domicilio.

(1) Esta anécdota constituye el pensamiento y plan de un drama que el autor de la misma tiene bastante adelantado.

El rey mandó hacer una puerta de escape que prestaba comunicacion con el taller del artista, y de esta puerta tenia el rey una llave de oro, y entraba en el estudio del pintor siempre que se le antojaba.

Una tarde, que ni Velazquez ni Murillo se hallaban en casa, entró la esposa de Velazquez, en el taller y se puso á contemplar el retrato del soberano y á juzgar de su parecido. Se abrió la puerta de escape y entró S. M. y vió que la hija de Pacheco estaba contemplando su retrato de cuerpo entero. Dobló la rodilla doña Juana, y Felipe le levantó con estremada galanteria.

Como la esposa del artista era bella, y el monarca muy enamorado, la dijo que la amaba, y guarecido con el poder de su corona, se atrevió á proponerla cosas que yo no quiero apuntar aqui; pero que todos adivinarán cuáles fueron.

La hija de Pacheco se negó; se puso grave, y tuvo que apelar á la fuga, porque el rey se habia desmandado. Aquello que mas se resiste es comunmente lo que mas se desea, y hé aqui por qué el soberano de España hizo juramento de domeñar la altivez de aquella señora, y lograr á todo trance lo que ella le negaba.

A este tiempo entró Murillo con una caja de pinceles y una paleta.

—¿Quién eres? le preguntó el monarca.

—Un pobre diablo, señor, respondió Murillo con acento de buen humor.

—¿Eres discípulo de Velazquez, por ventura?

—El mas pobre, el mas humilde de sus discípulos: contestó modestamente el grande artista sevillano, con el acento de su pais.

—¿Eres andalúz?

—De Sevilla.

Los andaluces han tenido en todo tiempo fama de sagaces, y el rey juzgó por su pobre apariencia y por los modales francos de Murillo, que seria hombre á propósito para ganarle y convertirle en cómplice y actor de su amorosa aventura. El rey propuso su plan: Murillo le escuchó atentamente, y contestó á la demanda del soberano de una manera ambigua. Felipe se fué un tanto confiado, y Murillo, que vituperaba la conducta del monarca, quedó pensativo. Incapaz de hacer nada contra el honor de su maestro y protector, pensó que no era prudente revelar al marido los intentos del rey; pero pasó á la habitacion de la esposa del artista, y le dijo todo lo que de él exigia S. M.

La reina quiso que Velazquez fuese su maestro de dibujo; el rey se alegró mucho de este soberano antojo. Una noche de verano conversaban en un salon y junto á una ventana Velazquez y su muger. La puerta de escape se abrió y entró S. M.

—La reina desea que subas para que le des leccion; dijo Felipe al artista.

Y éste marchó precipitadamente. La muger de Velazquez comenzó á temblar, al paso que Felipe sonreía malignamente. Despues de algunas indirectas del rey, que tenían por objeto reprender la condicion esquivada de la muger que amaba, tornó á desmandarse la magestad. Juana quiso escaparse; se oyeron pisadas, luego la voz de Velazquez que llamaba á Murillo; asustóse la esposa, atribulóse la magestad, quien se fugó por la puerta de escape, y en medio de su aturdimiento se dejó olvidado el chambergo encima de un sillón.

Entró Velazquez pidiendo á Murillo un lápiz para la reina, y en tanto que Bartolomé le buscaba allá dentro, el artista se acercó á su muger, á la cual encontró amarilla, temblorosa y desconcertada.

—¿Qué os ha pasado, señora?

—¿A mí?... nada.

—Me engaáis.

—No os engaño.

¿Debía doña Juana revelar á su marido la imprudencia del rey? No. Podría Velazquez cometer otra imprudencia y el rey vengarse de una manera fatal.

—¿Con que nada me decís? preguntó Velazquez.

—Nada tengo que deciros, respondió su esposa.

Y reparando en el ceño adusto de su marido, lanzó sobre él una mirada de reconvenccion, y se fué saludándole gravemente.

Velazquez quedó pensativo; pero le interrumpió Murillo trayéndole el lápiz que antes había pedido.

—¿Visteis entrar alguien en mi casa?

—A nadie, contestó Murillo. ¿Por qué lo preguntais?

—El dibujo que estais haciendo corre priesa.

—Ya me marcho, señor.

Y otra vez se quedó solo el artista, y otra vez comenzó á pensar.

—¿Por qué temblaba mi esposa? dijo.

Se volvió para ausentarse y vió un sombrero con una gran pluma negra sobre un sillón. Le miró, le cogió en seguida y le estuvo examinando con detencion. Vió que la pluma estaba sujeta por una especie de plaquilla de oro guarnecida de diamantes, y que en el centro de esta placa estaban grabadas las armas reales de Castilla.

—Este sombrero es del rey, dijo.

Le guardó en el cajón de una gran mesa que allí había y marchó al cuarto de la reina.

El hombre celoso no come, no bebe, no duerme, no sueña.... no vive en fin. La imagen siniestra de la deshonra era la inseparable compañera de Velazquez. Habíase representado en el Retiro una comedia de Calderon titulada, *A secreto agravio, secreta venganza*, cuyo argumento había hecho una grande impresion en el ánimo del pintor del rey. La constancia de Felipe en frecuentar su estudio, la conducta simulada de su esposa, todo contribuía á robustecer las sospechas del pobre artista, quien se juzgaba seguro de ser deshonrado.

Una mañana recibió un pliego; le abrió y halló dentro el título que le daba S. M. de aposentador mayor de palacio; incluso á este título venia una carta escrita por la real mano, en la cual se le decia á Velazquez, que aquella misma

noche debía salir en posta con direccion á la frontera para preparar lo conveniente en la isla de los Faisanes, donde tenía que celebrar Felipe una entrevista con el rey de Francia acerca de su proyectado matrimonio con la infanta Maria Teresa.

—Me quiere alejar de la corte, dijo Velazquez guardando el pliego y la carta.

Sin revelar nada á su esposa salió en aquel instante de palacio ¿Dónde iria? Su resolucion estaba tomada; era siniestra, porque mientras andaba no cesaba de esclamar:

—¡A secreto agravio, secreta venganza!

Cuando regresó era de noche. Atravesaba uno de los corredores de palacio y se encontró á un enano, que era el bufon del rey.

—¿Con que partis á la frontera? le preguntó.

—Si, respondió Velazquez.

—A las nueve, ¿no es verdad?

—Si.

—A las diez te habrá dado las gracias S. M.

Y desapareció.—Nuevos tormentos para el artista.

Al penetrar en su estancia vió la mesa puesta para cenar, y á Murillo que salia con una carta.

—¿Dónde vais?... ¿De quién es esa carta que llevais en la mano?

Murillo se quedó cortado. Velazquez sonrió amargamente y se la cogió con dulzura. Leyó el sobre y vió la letra de su muger, y el nombre del monarca á quien iba dirigida. Estaba cerrada y sellada con lacre. Velazquez no la quiso abrir, y mirando á Murillo con maliciosa indignacion, le dijo al entregarle el billete:

—Llevadle á su destino.

Murillo, receloso del aspecto de su maestro, en vez de subir á la real cámara, se escondió detras de unas cortinas y se puso en observacion. Velazquez, creyéndose solo, sacó un pomito y vertió el líquido que contenia en la copa de cristal que estaba al lado del asiento de su esposa: luego la llenó de agua, y la suya tambien.

—Vamos por la adúltera, dijo en seguida penetrando en lo interior de la casa.

Sale Murillo, vierte con presteza el líquido emponzoñado; coge del aparador otra copa igual, la llena de agua y parte á la cámara del rey con la misiva.

Salen don Diego Velazquez y su esposa; se sientan á cenar. Pregunta el pintor á doña Juana si había leído la comedia de su amigo Calderon, titulada, *A secreto agravio, secreta venganza*. La muger contesta negativamente, y entonces el marido le refiere el argumento y aun le recita algunos versos de ella, que se le habían quedado muy presentes. La hija de Pacheco se manifestaba indiferente, y Velazquez pensaba:

—¡Qué bien finge!

Doña Juana cogió la copa del agua y bebió; el marido se levantó, y le dijo:

—Comprended ahora lo que os he contado de la comedia de Calderon; yo tambien me he vengado secretamente.

—¿Qué me dices? preguntó su esposa poniéndose de pie.

—Que á las diez cuando el rey venga á veros os hallará en vuestro lecho... pero muerta.

—¡Explicadme!

—¡Estais envenenada!

Lanzó un profundo grito la muger de Velazquez y cae



desmayada. El artista la coge en sus brazos y la conduce á su lecho suponiéndola ya muerta.

Dan las diez; se abre la puerta de escape, aparece el rey, que viendo á Velazquez, se pára admirado y deja caer en tierra la llave de oro que le habia proporcionado la entrada.

—¿Cómo estais aqui todavía?

—No he querido ausentarme sin daros una importante noticia.

—¿Cuál es ella?

—Señor, le dijo en voz baja, llevádoselo á un lado; la reina tiene un amante!

—¿Quién es? ¿Cómo se llama? gritó la magestad enfurecida.

—Ignoro quien es, aunque me consta que existe; pero sentenciadle desde luego, que yo me encargó de averiguar su paradero, y haré con él lo que vos me digais.

—Tráeme la cabeza del traidor, mientras yo doy muerte á la culpable.

—¿La cabeza del traidor me decís?

—Si, dale muerte.

—Señor, yo tambien soy marido; yo tambien tengo una persona que me ha robado el honor.

Y sacando del cajon de la mesa el sombrero del rey añadió:

—Aplicad la misma sentencia al dueño de este sombrero.

El rey quedó un tanto perplejo sin saber que contestar, pues habia reconocido su prenda.

—Nada me decís, señor, ¿el ultraje que se hace al honor de un artista, no merece tanto castigo como el que se hace á un rey? La culpable ya está castigada!

—¿Qué has hecho?

—La he envenenado.

—¡Insensato! gritó Felipe, tu muger es inocente! En este mismo instante venia á pedirte perdon á consecuencia de esta carta que me escribe.

Entrególe el rey un billete, y Velazquez leyó:

«He sabido que tratais de alejar á mi esposo de mi lado. Conozco el fin con que dais este paso; pero os juro por Dios que siempre me vereis firme en mi propósito: no le faltaré; no insistais desde ahora os suplico que no penetreis en mi cuarto durante la ausencia de mi Diego, pues me encuentro con valor suficiente para darne la muerte antes que acceder á vuestros infernales antojos.»

Don Diego cayó en un sillón llorando con el mayor desconsuelo, exclamando:

—¡Soy un infame envenenador! he sacrificado una víctima inocente ¿Quién me la devolverá?

—Yo, dijo Murillo conduciendo á doña Juana de la mano.

Todo se esplicó despues. El rey mostró su arrepentimiento, y pidió perdon á la esposa del artista. Velazquez pidió tambien su perdon al soberano por haber calumniado á la reina, asegurando que solo habia querido demostrar la enormidad del crimen en cabeza propia, y añadió:

—Dadme otro titulo que reemplace al de aposentador: es incompatible con el encargo que me habeis hecho de partir á Roma.

—Te condecoraré con la llave de gentil hombre.

Y cogiendo del suelo la que se le habia caído al entrar, se la entregó diciendo:

—Te doy ésta en señal de mi promesa. ¿Conoces las atribuciones del gentil hombre?

—Voy á daros una prueba de ello, señor.

Cerró la puerta de escape, y dijo:

—Esta puerta queda desde ahora condenada; en ella pondré vuestro retrato de cuerpo entero, y él será el perpetuo centinela de mi honor durante mi permanencia en Roma.

El rey habia entrado por la puerta de escape; mas esta vez salió por la principal. Velazquez abrazó á su esposa; Murillo partió poco despues á Sevilla con fortuna y reputacion; don Diego verificó su expedicion artistica á Roma, y el rey cumplió fielmente la palabra que habia dado.

Esta anécdota, que saben muy pocos, me la han referido con la mayor reserva; pero yo abuso de esta confianza. Mi único deseo es, que no la sepan mas que los lectores del Museo.

I. A. BERMEJO.

SUENON Y FLORINA.

EPISODIO DE LAS CRUZADAS.

¡Dichosos los que desde sus primeros años encuentran una compañera que debe seguirlos hasta sus últimos momentos... Acostumbrados desde luego á comunicarse la alegría y los pesares, llevan mas suavemente el peso de la vida, y el sendero de la existencia se halla para ellos menos cubierto de abrojos que para los demas: una mano amiga le siembra de flores: en él encuentran un segundo yo mismo, que los alienta, los consuela y los ilumina: pueden decirlo y confiarlo todo á aquel corazon apasionado, que conocen como el suyo propio, y jamás la sospecha ni la desconfianza llegan á envenenar las dulzuras de su union.

Hijos de padres vecinos y amigos, criados en una misma aldea, y casi bajo el mismo techo, y compañeros inseparables en los juegos y en el trabajo, Suenon y Florina se daban el dulce titulo de hermanos, y se amaban mucho mas, porque no circulaba por sus venas una misma sangre. Se amaban con ese amor profundo y sincero, que tiene su origen en las costumbres y en los recuerdos de la infancia, con ese amor cándido que se remonta hasta la cuna y cuya duracion solo termina en el sepulcro.

Suenon y Florina no eran felices si no se hallaban juntos, ni encontraban placer mas que en los juegos de que ambos participaban: olvidaban sus leves disgustos confiándose los mutuamente, y hasta sus disensiones, prontamente pacificadas, solo servian para estrechar mas y mas los lazos de su intimidad.

La edad de las pasiones en nada alteró sus costumbres. Solo sabian que debian ya pensar en casarse, y su eleccion estaba hecha. Suenon habia jurado que solo se uniria con Florina, y ésta habia declarado que jamás amaria á otro que á Suenon.

Sus padres tenian mas afan que ellos mismos por acelerar su enlace. En la inocencia de su corazon, aquellos hermosos jóvenes, no conocian dicha mayor que la de verse, hablarse y guardar juntos sus rebaños. No anhelaban nada mas: les parecia que el matrimonio nada podia añadir á la

ventura de que gozaban. ¡Y en qué consistía aquella felicidad!... Difícil nos sería comprenderlo á los hombres del siglo XIX, que habitamos en grandes poblaciones, que estamos habituados á los facticios placeres de una sociedad corrompida, que no creemos en la virtud, que faltamos á la

verdad, y que únicamente somos fieles á la duda y la negativa.

Mientras se renovaban todas las deliciosas escenas del idilio antiguo en las orillas del Loira, en uno de los valles mas amenos de la Turena, (porque allí era donde habita-



Suenon y Florina escuchaban al peregrino con una atención religiosa.

ban nuestros pastorcillos): escenas de un carácter bien opuesto se representaban en otra provincia de la Francia. Tibaldo, conde de Champaña, se habia rebelado contra su soberano Luis VII: el monarca levantó un poderoso ejército, invadió los estados del príncipe rebelde; llevó por todas partes la desolacion y la muerte, destruyó hasta los cimientos la ciudad de Vitry, é hizo poner fuego á una iglesia, en donde se refugiaron los habitantes que habian escapado del cuchillo del vencedor. Todos aquellos desgraciados perecieron entre las llamas á vista del rey, que dirigia el suplicio. Aquella impia violacion del mas sagrado de los derechos, aquella barbarie inútil ejercida contra unos fugitivos sin armas, difundieron por todo el reino la mas profunda consternacion. La poblacion de las ciudades y aldeas, en vez de acudir presurosa á ver al monarca victorioso, huia de él horrorizada. Hasta sus mismos ministros vituperaron la conducta de su amo. San Bernardo tomó la palabra en defensa de la religion ultrajada: acusó al rey de Francia, y le anunció un castigo terrible en este mundo, y otro mas terrible todavia en el venidero. El rey se arrepintió de su falta, derramó amargo llanto, y procuró espiarla; y como en aquel tiempo la peregrinacion á la Tier-

ra Santa estaba reputada como el mejor medio para purgar un crimen, Luis VII adoptó la resolucion de partir para la cruzada.

Nuestros felices pastores solo habian oído vagamente aquellos rumores de guerra, y aquellos proyectos de expediciones lejanas, y no podian pensar que algun dia se verian interesados en ellas. Continuaban, pues, en sus habituales ocupaciones: Florina ordeñaba sus cabras, y con la leche hacia sabrosos quesos: Suenon ponía lazos para coger pajarillos, y hacia jaulas de mimbre para encerrarlos: por la noche, cuando volvian con el ganado, bailaban juntos en la pradera debajo de los corpulentos y frondosos olmos.

Un incidente vino á trastornar tan apacible y tranquila vida. Un dia que los dos amantes conversaban acerca del arreglo de su casa, un peregrino cubierto de polvo y fatigado por el largo camino, se sentó á descansar al pie de uno de los árboles inmediatos. Los jóvenes corrieron hácia el anciano, le ofrecieron sus provisiones, y le preguntaron á donde iba y de donde venia.

—Vengo de Jerusalem, respondió el anciano, y regreso á mis hogares: es la segunda vez que hago la peregrinacion

á la Tierra Santa. He servido á las órdenes de Godofredo de Bullon; me encontré en el sitio de Jerusalem, y he visto la media luna abatida, y á la cruz triunfante.... ¡Oh victoria tres veces bendita!...—Aunque de edad de mas de sesenta años he querido volver antes de mi muerte á esos lugares consagrados por la victima sin mancha y por tantos mártires de la fé.... Ahora que ya he cumplido mi voto, moriré contento.

Los jóvenes le hicieron mil preguntas acerca de Jerusalem, Godofredo de Bullon, el Santo Sepulcro, y el anciano apoyado en su bordon, les refirió algunos de los episodios mas interesantes de la primera cruzada.

Suenon y Florina inclinados uno sobre otro, escuchaban al peregrino con una atencion religiosa, no perdieron ni una sola palabra, y muchas veces su narracion les hizo derramar lágrimas de ternura.

—¡Es un viage bien difícil el de Jerusalem!... dijo Suenon cuando el anciano concluyó su narracion.

El viejo para responder á aquella pregunta, trazó con

su báculo en la arena una especie de carta geográfica, en la cual marcó las principales ciudades, rios y montañas, y luego dió á los dos amantes una idea del itinerario que se debía seguir.

—Es un viage muy largo, añadió, pero la fé le abrevia: es un viage muy peligroso, pero la fé hace arrostrar y vencer todos los riesgos. Y luego, cuando uno llega al término, se vé ámpliamente recompensado de los peligros y de la fatiga del camino. Ver con sus ojos y tocar con sus manos la piedra del Santo Sepulcro, es el júbilo mayor que puede experimentar un hombre, es una alegría sobrehumana, es gustar anticipadamente las delicias del cielo.

El anciano los dejó, pero su recuerdo permaneció hondamente grabado en su memoria. Ya no hablaban mas que de los Santos Lugares, y en sus oraciones pedian á Dios la gracia de visitarlos antes de morir. Pasado algun tiempo oyeron predicar la cruzada en su aldea, y muchos jóvenes amigos suyos hicieron voto de seguir á Luis VII, unos como



Florina estrechó al moribundo contra su pecho.

soldados, y otros como simples peregrinos. Suenon y su prometida se dejaron arrebatir por el ejemplo: desde su conversacion con el anciano les perseguia el deseo de ver á Jerusalem; deseo que se aumentó de repente, y llegó á ser una necesidad imperiosa. Resolvieron pues partir. Hicieron voto de no casarse mas que en la iglesia del Santo

Sepulcro. Sus padres les suplicaron rendidamente que no pusiesen en ejecucion semejante proyecto, pero todas sus reflexiones no pudieron convencerlos. Viendo que nada podia variar la determinacion de los dos amantes, los padres dijeron que sin duda era la voluntad de Dios, y los dejaron emprender la marcha.

Nuestros jóvenes peregrinos llegaron á Paris en el momento en que el ejército de Luis VII iba á ponerse en movimiento. Atravesaron felizmente la Alemania, la Hungría, la Grecia, más apenas pasaron el Bósforo y pusieron el pie en Asia; cuando la fortuna, hasta entonces favorable á la expedición, comenzó á serla contraria.

Dos enemigos más temibles que los mismos sarracenos, la lluvia y el calor, diezmaron el ejército de Luis VII. La lluvia que caía á torrentes, convirtió las llanuras del Asia Menor en un inmenso pantano: las poblaciones estaban medio sumergidas, y el ejército avanzaba por entre agua y lodazales. Suenon y Florina habían hecho hasta allí toda la travesía á pie; pero viendo los peligros que corría la joven, Suenon la compró un caballo y la obligó á montar en él, á pesar del voto que había hecho de no subir en caballería ni carruaje.

Por fin, cesó la lluvia, retiráronse las aguas, y entonces á una gran inundación, sucedió una sequedad estremada: calores insufribles, sujetaron al ejército á una nueva prueba no menos ruda que la primera. Los soldados estenuados, caían en un terreno tan ardiente como la lava. Un polvo semejante á una ceniza abrasada, impregnaba el aire y dificultaba la respiración. Faltaba el agua, y era necesario matar los caballos para beber su sangre. Las aldeas del tránsito no ofrecían ningún recurso, y sus habitantes las abandonaban al acercarse el ejército, llevándose consigo cuantos viveres tenían. A los tormentos de la sed se agregaron los del hambre. No pudiendo usar una carne mejor, se comieron los caballos. Todas las mañanas se sorteaban los que debían servir para la provisión del día. El caballo de Florina no fué respetado, y la joven tuvo que continuar á pie un camino, cuyas fatigas agotaban rápidamente las fuerzas de los hombres más robustos. En todos aquellos padecimientos, ni una queja exhaló la joven: una mirada de Suenon y una súplica dirigida al cielo, la restituían el valor y la esperanza.

Para colmo de desgracia, los guías sacados de Constantinopla eran unos traidores, vendidos á los sarracenos y á los turcos. En vez de conducir al ejército por el camino más seguro y más corto, le llevaron por desiertos áridos, que no ofrecían por todas partes más que la imagen de la desolación. Una mañana se vió aparecer en el horizonte una grande nube. Cuando se disipó un poco se vió un gran número de infieles, que cayeron como águilas sobre los desgraciados cruzados, que no se hallaban preparados para aquella embestida, é hicieron en ellos una carnicería horrible. No contentos con pasar á cuchillo á los soldados atacaron á los peregrinos, mataron un gran número de ellos, y otros muchos quedaron prisioneros. Uno de aquellos bárbaros vió á Florina, y corrió para cautivarla; pero Suenon que nunca la abandonaba, le esperó á pié firme y le obligó á retirarse. Al efectuarlo el malvado dirigió una flecha á Suenon y le hirió en un costado.

Florina desgarró su pañuelo para vendar la herida del joven, y la sangre se contuvo; mas como al día siguiente el dolor fuese adquiriendo mayor intensidad, Suenon se vió imposibilitado de proseguir la marcha. Florina tenía también los pies tan hinchados que apenas podía moverse. Les fué preciso quedarse en el sitio en donde se encontraban, que era una planicie árida, calcinada, llena de grietas profundas, una de las cuales formaba una especie de lago de

agua negra y salobre. Dieron á los pobres jóvenes algunas cortas provisiones, y los dejaron abandonados á su suerte. El ejército se alejó con indiferencia porque ya estaba acostumbrado á aquella especie de abandono. El ruido de sus pasos fué perdiéndose poco á poco en aquellas vastas y silenciosas soledades, se convirtió en un murmullo vago, y no tardó mucho en cesar de oírse enteramente; por fin, todo el ejército desapareció en el horizonte como una nube. Suenon le siguió largo tiempo con la vista, y cuando ya no le divisó exhaló un suspiro y estrechó con ternura entre sus brazos á su prometida. Aquel suspiro y aquel abrazo decían más que los discursos difusos y elocuentes. Florina comprendió aquel adiós silencioso é hizo el último esfuerzo: trató de curar la herida á su amante, la encontró sumamente inflamada, y la ocurrió la idea de si estaría envenenada. Al punto aplicó á ella sus labios, chupó el veneno; pero ya era demasiado tarde, pues había penetrado en la sangre del joven, y la intrépida acción de Florina no tuvo más resultado que hacerla morir con el mismo género de muerte que su amante. Tengo sed, exclamó Suenon con voz apagada, y Florina olvidando su cansancio, se levantó, corrió al lago y volvió con la calabaza llena de agua. Bebió Suenon, pero aquella agua era amarga como agenjos, y agravó el dolor del moribundo en vez de aplacarle. Florina se hizo una profunda incision en el pecho, la sangre corría á torrentes y se la bebió ella misma para dar ejemplo al joven á quien la ofrecía. Pero éste ya no pudo mover los labios, aunque sus ojos hablaban todavía; los fijó en Florina y brilló en ellos una lágrima salida del corazón. Florina estrechó al moribundo contra su pecho, y le llamó con voz lastimera, no quería dejarle morir.

Un sudor frío inundó la frente de Suenon; Florina estampo en ella sus labios; quería espirar con su amante, pero su destino era sobrevivirle. Le estrechó otra vez entre sus brazos, pero ya no tuvo en ellos más que un cadáver. Permaneció más de un día sollozando, llorando, y lanzando alaridos sobre el cuerpo de su bien amado.

Reanimada en fin por la esperanza de una muerte próxima que iba á reunir la á su amante, recobró todas sus fuerzas, y antes de morir quiso colocar los preciosos restos del malogrado Suenon donde no los alcanzase la voracidad de las fieras. Con esta intencion se puso á escarbar la tierra con un ardor sin ejemplo, y cuando hubo abierto un hoyo bastante profundo, depositó en él el cuerpo del joven, regándole con sus lágrimas, y recitando oraciones; en seguida le cubrió de tierra y arena, llevó rodando desde lejos piedras muy gruesas, que colocó encima, y cumplido este deber sagrado, la joven se tendió sobre el sepulcro que acababa de elevar, y exhaló allí el último suspiro.

Tal fué el fin de Suenon y de Florina.

UNA PREOCUPACION.

NOVELA.

I.

PRIMERAS IMPRESIONES.

—Toma y lee, querida Isabel, dijo Luisa á su prima, y juzga de mi posicion.

Luisa cogió la carta, y leyó lo que sigue:

«Madrid, octubre 21 de 1839.

«Mi amada hija:

«No ignoras los motivos que me obligaron despues de la muerte de tu pobre madre á alejarte de mi lado. Mis muchas ocupaciones me tenían, y me tienen, fuera de casa la mayor parte del día, y me era físicamente imposible velar por tí. Tu educación ademas exigía que la completases en algun colegio, donde pudieses estar bajo la salvaguardia de personas que me inspirasen entera confianza. Por eso me privé del único consuelo que me quedaba, y consentí que fueses con tu tia á Sevilla. Han trascurrido cinco años y eres ya una muger; y en esta virtud, y teniendo en cuenta lo que voy á decirte, conviene que vuelvas aqui cuanto antes: te necesito para mi felicidad.

«Sabrás, querida Luisa, que hoy mas que nunca siento la necesidad del reposo, la dulce calma del hogar doméstico. Puesto que el cielo ha coronado mi laboriosidad y constancia mas allá de mis deseos, puesto que me veo dueño de una fortuna considerable, lealmente adquirida, pienso retirarme de los negocios y volverme á casar, con el doble objeto de darte una madre que vele por tí, y á mi una compañera que embellezca los últimos años de mi vida.

«La señorita doña María Dávila es la persona que he elegido; persona que reúne todas las cualidades necesarias para nuestra felicidad, y que será tu hermana por los pocos años que te lleva, y tu madre y mejor apoyo el día que yo te falte, por la superioridad de su inteligencia, por su excelente fondo, y la bondad de su carácter. Pertenecía á una de las más distinguidas familias de Madrid; es afable, modesta, enemiga del lujo y del bullicio, y profesa principios que se adaptan maravillosamente á mi genio y manera de pensar. Tengo la convicción profunda de que es digna del cariño que la profeso, y que sabrá labrar mi ventura y la tuya. Estoy seguro que apenas la conozcas y la hayas tratado una semana, me darás las gracias por mi acertada elección, á menos que la parcialidad te ciegue y te obstines en no ver lo que salta á los ojos de todos.

«Entro en estos detalles, querida hija mia, para que conozcas de antemano á tu futura madre y predispongas tu corazon á amarla, segura de que por mas feliz que yo sea con ella, nunca se entibiará mi afecto hácia tí, ni el recuerdo santo de la que te dió el ser se borrará de mi memoria. Mi felicidad sin tí seria incompleta, y por eso quiero que participes de ella y te encuentres á mi lado antes de mi boda; con este objeto escribo á tu tia para que salgas de esa el 12, sintiendo que mis imprescindibles ocupaciones, de las que pronto á Dios gracias me veré libre, no me permitan ir á buscarte en persona. Adios, hija mia, y hasta que logre estrecharte en mis brazos para no separarte nunca de mi lado, vive persuadida del afecto de tu amante padre

«CARLOS RECAURTE.»

A esta lectura siguióse un largo conciliábulo; las dos jóvenes charlaban y murmuraban interrumpiéndose á menudo y al parecer muy afectadas. Isabel, que era envidiosa, decia con un tono de compasion, que irritaba á Luisa:

—¡Una madrastra, Luisita, una madrastra!

—Ya lo sé, repetía Luisa con ira.

—Pues, una madrastra, que será tu sombra, tu pesadilla, tu purgatorio.... ¡Dios mio, que malas son todas!

La jóven miró á su prima, con aire de reconcentrado despecho.

—Antes, prosiguió la implacable Isabel, eras tú la única heredera, millonaria, del opulento comerciante don Carlos Recaurte; pero en cuanto se case y empiece á gozar por segunda vez las dulzuras de la paternidad, solo serás ¡ay! la hermana mayor de una docena de monigotes que devorarán, y con los que tendrás que partir tu pingüe patrimonio.

—Eso nada me importa, replicó Luisa exasperada; lo que me affige, lo que me llega al alma es el convencimiento de que mi padre no me amará como hasta aqui. Mi madrastra y sus hijos me enagenarán su cariño.

—A propósito de tu madrastra; te aconsejo que sigas al pie de la letra el consejo de mi tio, por que si da en intrigar.... si se apercibe que la miras con desden.... ¡Virgen santa! ¡mas valiera que un toro de Jarama te recogiera en sus astas!

—¿Y si no la amo, si aunque lo deseo, no puedo amarla, por que la aborrezco sin conocerla?

—Entonces, pobrecita mia, reza mucho á Santa Rita, abogada de imposibles, para que te deje en paz. Te aseguro con anticipacion que no tardarás en recibir alguna prueba de su maternal cariño; es muy probable que si tú la aborreces ella te deteste. *Troc pour troc sans rien de retour*, como dicen los franceses.

Bajo la impresion de semejantes ideas partió Luisa para Madrid, donde fué recibida por su padre con inequívocas señales de ternura. Isabel la acompañaba, y al otro día, don Carlos las llevó á casa de la señorita Dávila, que vivia con su madre en un modesto cuarto de la calle de Leganitos....

María Dávila destinada á unir su suerte á la de un hombre que podia ser su padre, reunia todas las cualidades que exigia un porvenir tan grave y tan lleno de escollos é inconvenientes. Su alma era sencilla y piadosa; su genio dulce y siempre igual; su espíritu reflexivo y aficionado al estudio; sus inclinaciones apacibles, y su rostro pálido y moreno no tenia otros encantos que una notable expresion de firmeza, de indulgencia y lealtad. Saludó cortesmente á Isabel y abrazó á Luisa con una viva emocion que en vano procuraba disimular. La jóven, preocupada por sus injustas prevenciones, contestó con alguna sequedad á sus afectuosas palabras; pero ella fingió no apercibirse de su fria indiferencia y continuó hablándola con la misma amabilidad. Al despedirse, retuvo entre las suyas la mano de Luisa, y la dijo á media voz:

—Rogad al cielo que vuestro padre sea feliz conmigo, y que esta union redunde en beneficio de todos. Yo os aprecio, Luisa, os quiero desde que pertenecéis á Recaurte, y mas bien que una madrastra, encontrareis en mí una amiga tierna, afectuosa y desinteresada.

Luisa retiró bruscamente su mano, y contestó volviendo los ojos á otra parte:

—Buenas noches, señorita.

Aquel ademan y el acento de burla con que Luisa pronunció estas breves palabras, hirieron en lo mas vivo á María que comprendió la funesta disposicion de ánimo en

que, respecto de ella, se encontraba su futura hija política.

El matrimonio se celebró al otro día, y Luisa al retirarse á su habitación, triste y pensativa, encontró encima del tocador un estuche de tafete que contenía un pequeño aderezo de brillantes, un relojito y una cadena de oro esmaltada de verde.

—¡Oh! ¡qué lindos pendientes! ¡qué bonito reloj! exclamó Luisa sin poder ocultar su alegría, y acercándose al oído el segundo para oír el acompañamiento ruidoso de la máquina.

—En efecto, respondió Isabel, no son del todo malos... ¿pero reparaste los que llevaba tu madre?... ¿Has visto el canastillo de bodas?... ¡Es verdaderamente régio!...

—Pues mira, me asisten motivos para creer que lo vé con indiferencia, y que cede mas á la voluntad de mi padre que á su propio gusto.

—Qué simplecilla eres, Luisa. Tu madrastra tiene talento y sabe que no hay cosa mas fácil para conseguir de los hombres lo que se desea, que aparentar cierto desden hácia esas frivolidades á que todas las mugeres damos tanto precio. Es hipócrita y sabe manejarse; ya verás, si tu padre no la va á la mano, como pronto da cuenta de su fortuna y de la tuya, querida Luisa.

La jóven bajó la cabeza como oprimida por ingratos pensamientos, puso las joyas en el estuche, rogó á su prima que la dejara sola, y se acostó vertiendo abundantes lágrimas.

II.

INTERIORIDADES DE FAMILIA.

Algunos días despues don Carlos Recaurte, se desayunaba sentado entre su esposa y su hija y conversaba afablemente con ellas. La discusión rodaba sobre los adelantos de Luisa, y como su padre no estaba muy contento de ellos, dijo á la primera:

—Creo que convendría mucho que de vez en cuando te ejercites en el piano en compañía de Luisita. Me agrada sobremanera el canto y la música, y es lástima que por falta de ejercicio nuestra hija olvide lo que ha aprendido.

—Tendré en ello un verdadero placer, contestó Maria, siempre que sea del agrado de Luisa; desde mañana podemos empezar si ella quiere.

La jóven inclinó la cabeza en señal de asentimiento, si bien se dejaba traslucir en su fisonomía el disgusto con que accedía á semejante proposición.

Conociólo la señora de Recaurte, y para lisonjear su amor propio, desvaneciendo toda idea de superioridad y predominio, se apresuró á añadir:

—Pero al mismo tiempo, podremos perfeccionarnos en el francés: Luisita lo sabe muy bien, y podría darme algunas lecciones.

—Señora, lo poco que sé está á vuestras órdenes.

—Vamos, añadió don Carlos con amabilidad, ¿quieres leer á Victor Hugo y á Lamartine en su original?

—Hay algo de eso, amigo mio; pero mis pretensiones razan mas alto aun.

—¡Hola! eso exige una esplicacion....

—Que te daré en dos palabras: quisiera poder escribir en francés, porque, como no ignoras, tengo una hermana en Burdeos, y desearia mantener una correspondencia con

ella en el idioma de Racine; y con el auxilio de Luisa espero conseguirlo.

—Perdonad, señora, mi talento, ó mejor dicho mi escasez, no llega á tanto, repuso la jóven felicitándose interiormente de haber encontrado un pretexto plausible para negarse al deseo de su madrastra y hacerla un desaire.

Maria se ruborizó é inclinó los ojos al suelo, porque tenia un corazon bastante noble y elevado para avergonzarse de las faltas ajenas, y su marido, lanzando á Luisa una mirada severa, la dijo:

—Vd., señorita hará lo que se la ordene.

Escenas parecidas se renovaron muchas veces: la inalterable bondad y mansedumbre de Maria se estrellaban contra la prevención obstinada de su hija adoptiva. Las atenciones de su jóven madre política, eran recibidas con frialdad, sus consejos con despecho, sus indicaciones, por suaves y razonadas que fuesen, con enojo. Hasta sus mismas virtudes contribuian á poner mas en evidencia los defectos de Luisa, y su conducta era una crítica continua é involuntaria de las faltas de ésta, que comprendía el daño que debia causarla semejante contraste. Y sin embargo, Luisa no tenia mal corazon ni un alma pervertida; estaba únicamente bajo el imperio de una fatal preocupación, tanto mas peligrosa, cuanto falseaba sus juicios, oscurecía su clara razon y la subordinaba á la maligna influencia del rencor, la envidia y otras ruines pasiones. Las pérfidas sugerencias de su prima, habian contribuido no poco á este resultado, y el lector acabará de conocer sus sentimientos por la siguiente carta dirigida á Isabel, que ya se encontraba de regreso en Sevilla.

«Madrid, 3 de marzo de 1840.

«Querida Isabel:

«¿Me preguntas si soy feliz?... ¿Por ventura es posible serlo bajo la salvaguardia de un enemigo doméstico, bajo la forma de una madrastra, que nos riñe con su silencio, nos critica con sus miradas, se empeña en contrariarnos, molernos y fastidiarnos á cada paso con sus *maternales atenciones*?... ¿Una persona, miento, un ave de mal agüero, que dentro y fuera de casa parece un cuerpo brillante colocado en perspectiva delante de nosotros para atraer y fijar la vista de todos, para absorber hasta el menor rayo de luz, y reducirnos al modesto papel de sombra y pantalla?... El dominio que ha adquirido sobre mi padre es inaudito, escandaloso; pero tambien debo confesarte que para conquistarlo, ha tenido que renunciar á todos los placeres propios de la juventud, y te aseguro que por grande que sea mi cariño á papá, no me siento con fuerzas para hacerle tamaño sacrificio. Sin duda con el objeto de conocer el estado de sus negocios, no se aparta un instante de su lado; le sirve á veces de secretario; se entretiene y se pasa las horas muertas leyéndole los periódicos; sale muy poco, va á menudo á la iglesia, da á los pobres nuestra ropa usada; hace frecuentes limosnas, y en fin, se maneja de modo que ha llegado á embaucar á mi buen padre, que ya va para viejo, y como sabes no tiene nada de lo de Salomon....

«Para fin de fiesta, y como complemento de este lisonjero cuadro, te diré que dentro de poco tendrás un nuevo primito.

«Creo que mi *escelente* madre política, á pesar de todo, se consume de tedio, y que solo por martirizarme ha adoptado esta conducta exótica y antiluviana. Yo sufro en si-

tencio, pero hija, ya estoy harta, y el dia menos pensado estallo como una bomba ó un cohete á la congreve.

«Para distraerse un tanto suele cantar la *Atala* y la *Vestal* (la *Vestal*, Isabel!) en atencion á que mi querido papá gusta mucho de las canciones coetáneas á la guerra de la Independencia. Cuando no canta ni lee, borda, dibuja ó hace que hace y no hace nada, porque todo su afán es pasar por muger laboriosa y enemiga del ocio. Repite cien veces en una hora y mil en cada dia, que el ocio es la madre de todos los vicios, lo cual, como tú conocerás, no deja de tener cierto colorido de novedad que encanta. Asi son todas sus cosas. ¡Dios la bendiga!

«El otro dia recibió una invitacion para un baile en casa de la condesa de M... y fué tan necia ¿querrás creerlo? que se empeñó en no ir so pretesto que á mi padre no le agrada el bullicio de la sociedad... y como insistiese en ello un pariente suyo, viejo celibatario que arrastra á todas el ala, y era el portador del billete de convite, le contestó ella con su habitual empalagosa dulzura y fementida hipocresia:

—«Nunca he tenido grande aficion á los bailes y hoy me son del todo indiferentes; y sobre todo, añadió sonriéndose, no quiero que se diga de nosotros lo que de tantos malos casados: quiero anticiparme y adivinar los deseos de mi marido, aunque me esponga al grave peligro con que amenaza un poeta á las mugeres mas cariñosas:

Si una muger se atropella
Por su esposo, él por no velta
A los infiernos se irá.

—«A lo cual, querida Maria, repuso mi padre enternecido, podria yo responderte continuando el pensamiento del mismo autor, que has dejado trunco en los versos que citas:

Y si al marido le da
Por amor fiel á la esposa,
Ella á fuer de melindrosa
Ni en invierno le querria.

«¿Qué te parece, Isabel? ¿Recuerdas tú jamás haber visto á mi padre tan amable, tan galante é ingenioso?... En cuanto á mi lo dejé que continuasen su fastidiosa disertacion prodigándose elogios en comandita, y obtenido el competente permiso me marché al baile en compañía de mi tia Dolores y sus hijas. Esta buena señora y mis amables primas, intercedieron con mi padre, y éste se vió obligado á ceder; de manera que las lindas frases y el complot maquiavélico de doña Maria (y no de los Angeles) se vino por tierra.

«Fuí al baile, pues, y me divertí mucho, muchísimo; mas ¡ay! estaba escrito que este baile formase época en mi vida... Desde entonces tengo un secreto... ¡Ah! si pudiese verte y revelártelo... en él están empeñados mi destino, mi porvenir, mi nombre, mi felicidad!... Ahora, como siempre, mi madrastra es mi pesadilla, mi ángel malo; pero yo sabré conjurarle, y suceda lo que suceda conseguiré mi objeto. Adios, quisiera y no puedo confiar al papel lo que se oculta en el fondo de mi alma: sería una imprudencia que podria costarme muy cara. Siento haber escitado inú-

tilmente tu curiosidad; pero ya llegará el dia de la *justicia* y las *compensaciones*. Adios; un abrazo.

Tuya de corazon.—Luisa.»

III.

CORRESPONDENCIA INTERCEPTADA.

Seis meses habian trascurrido despues de escrita esta carta: una mañana la señora de Recaurte entró en la habitacion de su hija politica, que á la sazón se ocupaba en escribir. Al ver á Maria, la jóven se turbó y apresuróse á ocultar el papel bajo un cuaderno de traducciones francesas pertenecientes á aquella.

—¿Escribes á tu prima Isabel?... preguntóla ella aproximándose á la mesa.

—No.... mamá, baluceó Luisa apoyando el codo sobre el cuaderno.

—En ese caso ¿será á tu tia Dolores ó á alguna de sus hijas?

—Tampoco.

Maria preocupada por el aire y embarazo que se traslucía en el acento de Luisa, añadió entonces:

—Si no es á Isabel, ni á Dolores ni á sus hijas á quienes escribes, permíteme que me entere de tu correspondencia.

Y sin aguardar respuesta, levantó el cuaderno y cogió la carta que estaba debajo.

Esta misiva constaba nada menos que de dos pliegos y medio de papel. Los puntos suspensivos, las rayas, las exclamaciones, los paréntesis y admiraciones se cruzaban en todas sus páginas y daban una idea bien triste del estado de exaltacion en que se encontraba la persona que la habia escrito.

Para convencerse de ello, bastóle á Maria echar una rápida ojeada sobre las primeras lineas.

«He recibido tus juramentos, Ignacio, y tú tienes los míos. Seré tuya, aunque el cielo y el infierno se conjuren contra nosotros...»

La esposa de Recaurte no quiso leer mas; rompió la carta, y con toda la mesura y dignidad de una madre engañada, dijo á Luisa:

—Desobedeces á tu padre y desprecias mis afectuosos consejos.... Luisa, ¿por qué continúas escribiendo en secreto á un jóven que por ningun título puede convenirte; á un jóven que tu padre ha rechazado, y con el cual jamás consentirá que unas tu suerte?... ¿No ves que de ese modo te comprometes á sus mismos ojos, te pierdes á los del mundo, abdicas los derechos que tenias al cariño de Recaurte y me ocasionas á mi un gran pesar?... y todo, por qué?... por un sentimiento imaginario creado por el capricho y fomentado por una terquedad miserable que resiste lo mismo á los ruegos que á las amenazas, lo mismo á la voz de la razon que á la del deber y la conveniencia. ¡Ah, Luisa! ¿el porvenir es acaso un juguete para que lo aventuras de esa manera?

Exasperada por estos justos cargos, Luisa contestó con altanería:

—Señora, no os reconozco el derecho de fiscalizar de ese modo mis mas recónditos sentimientos.

—Ese derecho, repuso gravemente Maria, lo recibí de

Dios y la sociedad el día que acepté los deberes de madre para contigo... pero, vamos, Luisa, calma, y no envenenemos la discusión: tratemos muy despacio y como dos amigos un asunto que á las dos nos interesa, que á las dos nos es comun.

—Nada hay de comun entre nosotras, señora; á vos os guia en esta ocasion vuestro interés; á mí me aconseja el mio obrar como obro.

—Estas ciega, y no reflexionas.

—Cada uno sabe donde le aprieta el zapato.

—Considera, que si yo consultase mi interés y el de mi hijo te abandonaria á tu loca pasion y hasta te empujaria al abismo que se abre á tus pies. Abandonada á ti misma, te enagenarias el afecto de tu padre y el aprecio de tu familia, perderias tambien una parte de tu fortuna, y labrarias con tus manos tu eterna desgracia. Ahí tienes la razon de oponerme con tanta tenacidad á tus deseos; ahí tienes el *ruin* móvil que me impele... ¡Día llegará, Luisa, en que te convenzas de la generosidad y lealtad de mi proceder!

A esta franca manifestacion, pronunciada con vehemente avasalladora energia, Luisa conmovida á su pesar, respondió con cierto recelo que traicionaba las dudas con que batallaba su espíritu:

—¿Por qué mi enlace con Ignacio de Vives ha de hacerme para siempre desgraciada? Su cuna es ilustre...

—Y sus costumbres corrompidas.

—En cuanto á intereses....

—Se encuentra bastante mal.

—Pero tiene legítimas esperanzas de mejorar de fortuna.

—Y unas pasiones capaces de acabar con las rentas y los capitales de Osuna y Medinaceli.

—¡En fin, me ama!

—¡Pobrecilla!... ¿crees que sabe amar? ¡Ah! ¿no conoces que su corazon está seco y su alma hastiada por los goces prematuros de una vida licenciosa?

Nada ofende tanto á un amante como el menosprecio de su idolo: las reflexiones de María irritaron á Luisa, mas por el agravio hecho en su concepto á Vives, que por el fondo de verdad que envolvian.

—Hay quien opina, señora, la dijo, que reuno cualidades para fijar á hombres peores que Ignacio: el amor es un poderoso auxiliar en estos casos, y por mas que digais creo que me ama. Vos me mirais con otros ojos....

—Con ojos de amiga, interrumpióla su madre política; con ojos de amiga mucho mas indulgentes que los de un amante cuando ha pasado el primer vértigo de su pasion. Creeme, Luisa, he hecho un estudio detenido de ese hombre desde el día en que noté que ocupaba un lugar, sino en tu corazon, en tu cabeza, y he llegado á persuadirme que serias muy desgraciada con él.

—No importa, prefiero la miseria y el infortunio con él á la opulencia y la felicidad con otro.

—Veo que mis exortaciones son inútiles, y aunque con pesar, no me queda otro recurso que poner en conocimiento de tu padre la intriga que traes entre manos. Hasta ahora nada le he dicho, pero ya mi silencio seria un crimen. Saben los cielos cuánto me cuesta este paso; mas está de por medio tu porvenir, el reposo y bienestar de tu vida entera y no debo consentir que los sacrifiques al capricho de un momento.

Una hora despues don Carlos mandó llamar á su hija al gabinete donde tenia su escritorio, y sin reñirla, sin abrumarla con enfadosas reflexiones, sin aparentar siquiera que sabia nada de lo sucedido, la dijo con dulzura pero con entereza, y de una manera que no dejaba lugar á apelacion:

—Estos dias he recibido dos cartas relativas á tí. La primera es de don Ignacio de Vives, quien, á pesar de mi primera y terminante negativa, se atreve de nuevo á pedirme tu mano. No necesito repetirte cual ha sido mi respuesta: opino exactamente como tu madre acerca de ese caballero. La segunda pertenece á mi antiguo y escelente corresponsal de Cádiz don Manuel Santabel; me recuerda cierto compromiso pendiente con su hijo y me previene que éste llegará á Madrid en la próxima semana, á fin de reclamarme su cumplimento. Así, hija mia, hazme el gusto de olvidar esa novela que ha forjado tu imaginacion acalorada, y prepárate para dar tu mano á un joven gallardo, instruido, rico y en una envidiable posicion social. Si su nombre no es tan aristocrático como el de Vives, va acompañado de una rúbrica conocida ya en las primeras plazas de la Europa comercial. No acostumbra, como Vives, malgastar el día entre visitas y paseos, y la noche en los espectáculos y el juego; pero sin privarse de ningun placer razonable, pasa el tiempo ocupado en los trabajos del vasto establecimiento de su padre. No sabe componer bellas frases; pero si ejecutar nobles y generosas acciones: teme á Dios y ama á sus padres; no desprecia nuestros usos y costumbres por seguir otras traídas de allende el Pirineo; y en suma, es un partido ventajoso á todas luces, brillantísimo y que nos llenará de satisfaccion á tu madre y á mí; serás feliz, muy feliz, querida Luisa.

Luisa inclinaba la cabeza y no respondia; y don Carlos atribuyendo el encendido carmin de sus mejillas, al pudor propio de su sexo en casos tales, levantóse, tomó una de sus manos que estrechó con efusion, y besándola en la frente, añadió enternecido:

—Que seas dichosa, es todo mi anhelo.... ¿puede nunca un padre desear otra cosa para sus hijos?... Vamos, enjuga esas lágrimas, y para distraerte habla con María sobre el particular. Sus razones acabarán de convencerte. Ella te reserva alguna agradable sorpresa, respecto del futuro, del ajuar y otras bagatelas. Ella te enseñará su retrato, y te demostrará la enorme diferencia que fisica y moralmente existe entre don Ignacio Vives y don Manuel Santabel. ¡Ya verás, ya verás!...

Salió Luisa.... pero no fué á reunirse con su madre política....

(La conclusion en el número inmediato.

EN UN ALBUM

Guarte del rapaz milano,
solitaria tortolilla:
teme su rigor tirano,
pues mientras gimes en vano,
burlará tu fé sencilla.

I.

Huye al centro de la umbria:
que bajo la verde rama
te espera allí el que te ama:
deja esa inútil porfia.
Ay cuidada,
huye del desierto llano
á la frondosa enramada!....
Guarte del rapaz milano....

II.

Allí cristalina fuente
templará tu fiero ardor,
y hallarás el puro amor
que tu corazón presiente.
Tiende el vuelo:
¿temes alguna mancilla?...
Mira que salvarte anelo,
solitaria tortolilla.

III.

¡Ah!.... no me escuchas, ingrata;
y dando quejas al viento
amas al milano hambriento,
tras él volando insensata....
Sin ventura,
¿no ves qué aguja inhumano
sus garras en el altura?...
teme su rigor tirano.

IV.

Ven, y tu nido con flores
tejerás y plumas suaves
y te llamarán las aves
la reina de los amores.
¡Cuán dichosa
te verá el valle cercano!
¿por qué no vienes, hermosa,
mientras suspiras en vano?...

V.

Tiende el vuelo, ven acá:
deja tan vorace grey.
Mas ¡ay de mí!... dura ley
tu cuello sujeta ya.
Ya sañoso
¡oh mísera tortolilla!
te hirió el milano alevoso,
burlando tu fé sencilla.

J. A. DE LOS RÍOS.

TALLER DE ARTISTAS CONTEMPORANEOS.

A la vista del taller del escultor florentino Bandinelli, (tomo 8.º pág. 227), oponemos hoy como comparación histórica la de un taller de artistas contemporáneos. Allí dijimos entre otras cosas: «En esta humilde morada todo respira el culto de lo bello. ¡Qué aplicación! ¡Qué recogimiento! ¡Qué silencio! ¡Qué verdadera dignidad resalta en todos los rostros! ¡Qué contraste forma este espectáculo que imprime el respeto y sugiere las más grandes ideas, con el tumulto, el desorden y la libertad de la mayor parte de los talleres modernos!» Con efecto; tanta dignidad, aplicación y silencio como se nota en el primero, tanta algazara, ruido y lijeza se observa en el segundo.

Mientras que un artista pinta y otro modela, los discípulos y los amigos fuman hablando, hacen rabiarse á un perrillo, tocan la guitarra ó se ejercitan en la esgrima con sus propios bastones. ¿Qué es la inspiración en medio de estas agitaciones? lo que puede ser. Asustada ó aturdida, se escapa; el pincel continúa la obra, la mano sustituye al alma y no hace más que cubrir el lienzo con una imagen vacía de pensamiento.

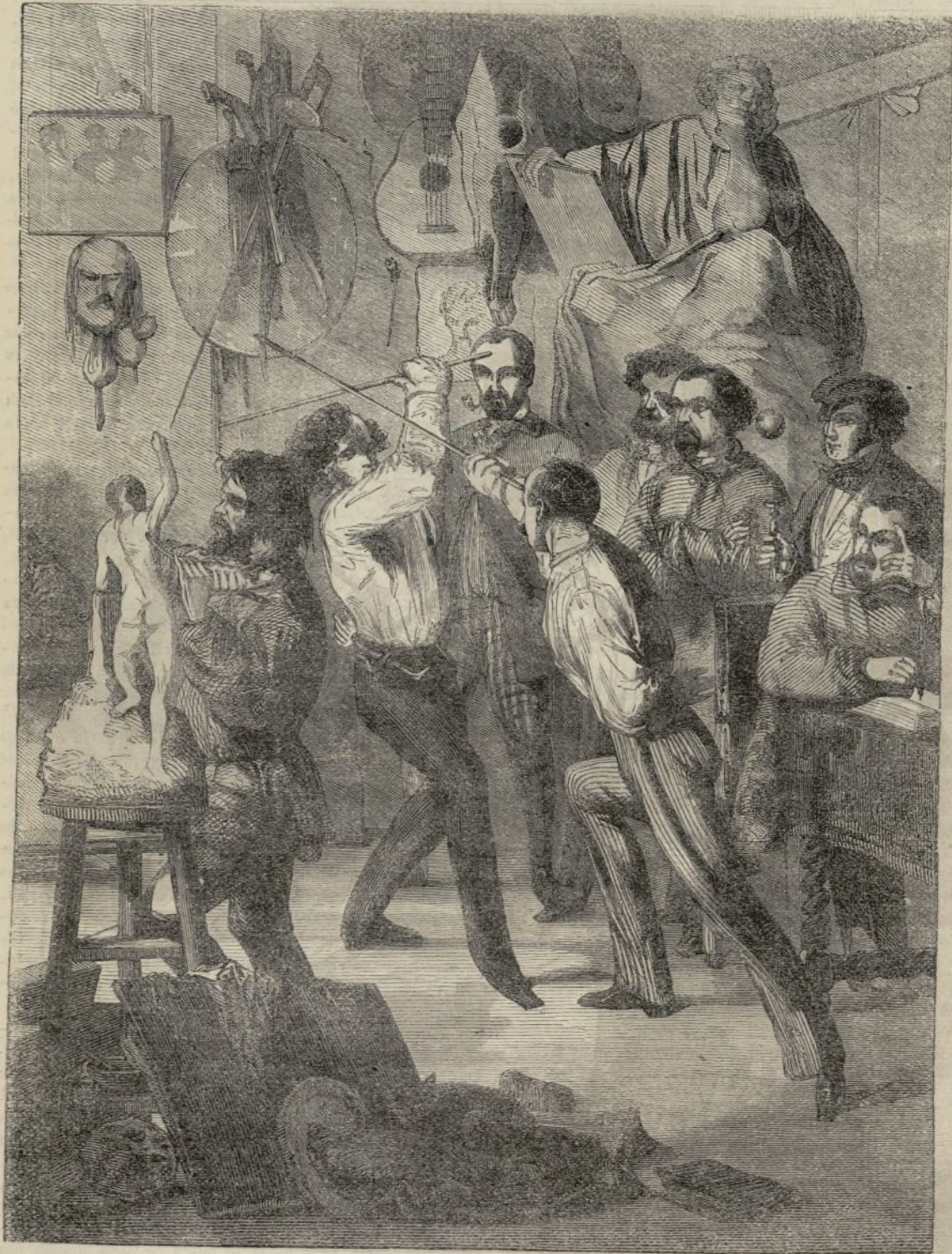
Se dice con bastante frecuencia que nuestro arte moderno carece de elevación, y sobre todo de profundidad; todos se quejan de encontrar allí el reflejo de las preocupaciones del momento; de encontrar allí, por decirlo así, un diario trazado sobre el lienzo ó tallado en el mármol. Nos hemos olvidado de nuestra antigua escuela; de la flamenca, y sobre todo de la italiana, donde el arte no busca recursos más que en su propia esencia; se han citado aquellos asuntos veinte veces repetidos por los grandes maestros con una persistencia de observación, un amor por la forma y por el color, que no había necesidad de que se renovasen, ni por el cambio continuo de la composición, ni por su relación con las movidas de la moda ó de los acontecimientos; se ha hecho observar en fin, que entonces la escultura y la pintura inspiraban á la sociedad y la iniciaban en sus sublimidades como reinas que abren sus palacios á la multitud, al paso que hoy reciben su impulso de esta misma multitud, y por lo común, no hacen más que traducir sus sensaciones vulgares. Después que fueron las soberanas de la opinión, han venido á ser sus mercenarias.

Muchas causas, sin duda, han contribuido á este resultado; pero entre todas no podemos omitir el cambio de las costumbres tan enérgicamente demostrado por los dos interiores de taller, que nos ha parecido oportuno é interesante ponerlos en comparación el uno del otro.

Entregando sus talleres á las turbulencias de la ociosidad, á las charlatanerías sin objeto, y al ruido de los visitantes, nuestros artistas han despojado sus residencias de la poderosa inspiración y del respeto que deben tener. El santuario se ha convertido en un estamento. Abierto para todo el que llega ha perdido aquel carácter especial y un tanto misterioso que le aislaba en el arte, ha llegado á ser, por decirlo así, una cámara oscura del mundo. El artista, privado del recogimiento indispensable á la invención, se ha entregado á improvisaciones que recomiendan la facilidad y la gracia, pero donde se busca en vano aquello que eterniza las creaciones.

El pensamiento puede nacer en medio del tumulto; pero

no se fecundiza mas que en la soledad; aqui desarrolla el estudio todas sus fibras y hace que se abran todas sus flores. Para penetrar profundamente un arte, es necesario convertirle en el objeto mas grave de la vida y dedicarle



todas sus observaciones, deduciendo todas las consecuencias. Este es el único medio por donde se llega á la originalidad, que no es otra cosa que la expresion de nuestra personalidad mas íntima. Para comunicar esta personalidad, ea

preciso primeramente conocerla, y para conocerla, es necesario tenerla mucho tiempo meditada. Las relaciones demasiado multiplicadas en el mundo fútil, nos impide que nos busquemos á nosotros mismos; nos privan del verdade-



ro gusto. Nuestra imaginación incesantemente en contacto confunde con la condición intelectual que anda por todas partes sin enriquecer á nadie. E. LUCAS.

LA CIENCIA EN FAMILIA.

MEMORIAS DE UN MAESTRO DE ESCUELA.

Nuestros lectores no habrán olvidado que al final del tomo 8.^o del Museo les anunciamos la muerte del domine Juan Bautista Gasparon, y les dijimos que nos había nombrado herederos de sus manuscritos. Según don Camilo Barrientos nos anunciaba, estos llegaron á nuestro poder sin mas contratiempo que algunas manchas de agua, efecto del excesivo abandono con que se hacen en España los transportes por todas las vías conocidas, inclusa la del correo; pero es tanto su volúmen que no hemos podido hasta ahora ordenarlos. Del ligero exámen que de ellos hemos hecho, deducimos que hay cosas interesantes y curiosas, pero que no todas podrán tener cabida en el periódico por su mucha estension. Sin embargo, nos proponemos hacer un extracto de aquellas que lo merezcan, y hoy damos una muestra en el siguiente artículo de la

HISTORIA DEL PARARAYOS.

Nil sub sole novum.

Un antiguo cabalista, Holfergen, examinando las diferentes recetas conocidas de su tiempo para fabricar oro, cita con gusto el medio que empleaba Abraham de Gotha, discípulo de Hermes, quien, sea dicho de paso, hubiese adquirido una reputacion igual á la de Nicolás Flamel, si no le hubiesen ahorcado y quemado á la edad de treinta y seis años, á causa de sus sortilegios y maleficios. Ahora bien, el medio empleado por Abraham consistia pura y simplemente en recoger fuego del cielo en una redoma llena de agua. Despues de haber hecho evaporar lentamente el liquido, recitando ciertas fórmulas, este feliz adepto hallaba siempre en el fondo de su redoma una masa de oro de un peso igual al del fuego que había sabido introducir en su botella.

Nuestro cabalista no duda de la vordad del hecho; al contrario, pretende que este experimento se practicó mucho antes que por Abraham de Gotha, por los galos del tiempo de César. «Aquellos pedazos de oro que se hallaban en los lagos de las Galias, nos dice, no eran mas que fuego del cielo concretado. En tiempos tormentosos, los eduenses y los tolosanos se acostaban cerca de las fuentes, despues de haber encendido una antorcha y fijádola al lado de su espada desnuda con la punta hácia arriba. Sucedia, añade, que el rayo caia á menudo sobre la punta de la espada, sin hacer daño al guerrero, y se escurria inocentemente en el agua, donde despues de haberse liquidizado, concluia por solidificarse en épocas de gran calor.»

Si este hecho que refiere el cabalista no está enteramente desnudo de fundamento, la espada del celta, no siendo por esta circunstancia mas que un verdadero pararrayos, será preciso convenir en que el poder de las puntas metá-

aer ó neutralizar el rayo, ha sido reconocido desde la mas remota antigüedad.

Herodoto nos dice que los tracios y los hiperboreos conjuraban el trueno lanzando flechas contra las nubes. Luciano Pison nos asegura que Numa conocia el medio de atraer el rayo; y por haberse separado de los ritos prescritos por los adivinos de Etruria, Tulo Hostilio fué muerto por el fuego del cielo, queriendo imitar á Numa.

En fin, Porsena, rey de los toscanos, consiguió libertar á su pais del mónstruo Valta, dirigiendo el rayo contra él.

Sin que pretendamos recomendar los conocimientos físicos de los tracios, de los hiperboreos y de los etruscos, no se puede negar que el fenómeno eléctrico que presentan en tiempo de tormenta las puntas metálicas dirigidas verticalmente, no haya sido observado por los antiguos. César, Tito Livio, Séneca, Plutarco, y otras obras de la antigüedad, están llenas de presagios sacados de las llamas que arrian en las puntas de las picas, y cuya causa se atribuía á Júpiter Eliciano. Tal vez á estas llamas misteriosas debió la pica el honor de ser considerada, en las primeras edades, como el emblema de la divinidad, como nos lo demuestra el compendio de Trogo Pompeya.

Cuando la barbarie invadió el Occidente, las ciencias y las artes se refugiaron entre los árabes, y vemos al papa Silvestre II, que había estudiado en Córdoba, levantar á principios del siglo XI, «pararayos en la ciudad eterna, dominar al rayo, desafiar la tormenta y gobernar la tempestad.»

En tiempo inmemorial (1), una pica dirigida en la techumbre del castillo de Duino, en un pueblo de Italia, situado á las márgenes del Adriático, servia, especialmente en el verano, para predecir la tempestad. El soldado que estaba de centinela al lado de la pica cuando el tiempo estaba dudoso, examinaba el hierro de dicha pica, presentándole el de un *brandiscoto* (especie de alabarda) para efectuar la prueba. Cuando notaba que el hierro de la pica soltaba chispas, ó que salia de su punta alguna llamaradita de fuego, tocaba una esquila para advertir la proximidad del mal tiempo á los pescadores que se hallaban en el mar, y á los labriegos que trabajaban en el campo. A esta señal, todos se apresuraban á entrar en la poblacion.

Los físicos, que se ocupaban ya de una manera muy activa de los fenómenos que presenta la electricidad, admitian la opinion de que el rayo era producido por la mezcla de los gases y de los vapores acumulados y reunidos por el choque de los vientos, cuando el abate Nollet espuso en 1748 en sus lecciones de fisica experimental las razones plausibles que le hacian suponer la analogia que existe entre la electricidad y el rayo. Jallabert de Ginebra había ya reconocido el poder de las puntas sobre los cuerpos electriza-

(1) En Roma bajo los emperadores, los templos del paganismo, se han armado contra el rayo, según se demuestra por medallas antiguas que representan el templo de Juno coronado de hierros puntiagudos.

dos; luego Franklin, apoderándose de la idea de Nollet y de los experimentos de Jallabert, que le habian sido transmitidos por su amigo Tomás Hopeknison, despues de haber establecido de nuevo las propiedades comunes á la electricidad y al rayo, propuso esta cuestion: «Puesto que el fluido eléctrico es atraido por las puntas, el rayo no puede tener la misma propiedad?»

Buffon quiso verificar las conjeturas de Franklin: colocó sobre su torre de Montbar una barra de hierro puntiaguda y aislada, á la cual añadió un conductor para sacar mas cómodamente chispas y timbres convenientemente dispuestos, á fin de que le advirtiesen la presencia del fluido, y obligó á Dalibart á que pusiera un aparato semejante en Marl-y-la-Ville.

Los experimentos hechos por Buffon, no dieron resultado alguno, al paso que los tuvo Dalibart. El 40 de mayo de 1752, durante una lijera tempestad, se obtuvieron con el aparato de Marl-y-la-Ville, ráfagas eléctricas, que demostraron plenamente que el rayo y la electricidad eran una misma cosa. Todos los sábios quisieron repetir los experimentos de Marl-y-la-Ville, y todos elevaron en sus edificios la correspondiente barra de hierro. Richmann, que hacia sus experimentos en San Petersburgo, habiéndose aproximado con poca precaucion á su aparato, durante una tormenta, cayó sobre su frente un globo de fuego azulado que le dejó muerto. La autopsia de este mártir de la ciencia, confirmó plenamente que si el fluido de las nubes tormentosas atraido por las barras aisladas, ofrecia, despidiendo centellas inofensivas, los mismos efectos que la electricidad de las máquinas, este fluido, bajo un volúmen del grosor de un puño, podia ocasionar la muerte con las mismas circunstancias que el rayo.

La catástrofe de Richmann, lejos de abatir el valor de los físicos, sirvió al contrario para dar nuevo impulso á esta ciencia.

Romas, miembro corresponsal de la Academia de ciencias de Paris escribia el 12 de julio de 1752, que era su intencion inmortalizarse yendo á buscar el rayo á las nubes, por medio de un ciervo volante armado de una punta de hierro. La Academia á quien escribia esto se burló del físico y no se dignó ni aun contestarle. Franklin, habiendo tenido la misma idea, el 15 de enero de 1753 lanzó su ciervo volante eléctrico en Filadelfia; pero los resultados obtenidos por Franklin se limitaron á algunas chispas que sacó de la cuerda aislada por medio de un cordon de seda. Romas lanzó su ciervo volante el 14 de mayo del mismo año, y se desprendieron algunas chispas de la cuerda. El 7 de junio, Romas, habiendo tenido la intencion de dar á su bramante mejor conductor de electricidad, enrollando en su derredor un hilo de laton, convocó en la plaza mayor á los sordos estampidos de una sombría tormenta que se levantaba en el horizonte, á todos los curiosos de Nerac. Situado debajo del cobertizo de una tienda, para garantir de la lluvia una parte del cordon de seda que aislaba el bramante conductor de la mano del experimentador, lanzó su ciervo volante armado de una punta de hierro que comunicaba á una brida de laton, en la cual estaba unido el bramante conductor. A este mismo bramante habia tenido cuidado de suspender por un hilo metálico un tubo de hierro blanco, cuyos dos extremos eran esféricos, pero muy lijero y á quien la fuerza del ciervo volante podia sostener á al-

gunos pies del suelo. Romas, armado de un detonador, cuyas ramas estaban sostenidas por barras de vidrio, esperaba, palpitante de temor y de esperanza, que la nube tormentosa, cuando hubiese llegado al cénit, le permitiera manejar el rayo. Sentia ya, al aproximarse al tubo, aquella impresion que se experimenta cuando aproximamos la mano á una máquina eléctrica que funciona; hizo retroceder á los curiosos que se divertian en observar las pajas que debajo del tubo se enderezaban ó se inclinaban hácia abajo, á medida que la fuerza del viento alejaba ó aproximaba del suelo este mismo tubo. En fin, se lanzó una paja, y el choque eléctrico produjo un ruido semejante al de un pistoletazo. El rayo habia aceptado el desafio, y Romas no se hizo esperar. Habiendo colocado al alcance del tubo un yunque, de manera que pudiese con la ayuda del detonador, comunicarse con el, no fueron ya simples chispas las que atrajo su máquina aérea, sino llamas de fuego de una toesa de longitud, cuyo ruido se asemejaba á una descarga de mosqueteria; á medida que se repetian las detonaciones, el rayo disminuia de intensidad y se elevaba la nube tormentosa; por último desapareció, despojada por Romas de su electricidad, y no conservando de su gran ruido mas que algunos sordos gemidos que decian al cielo la victoria de un hijo de la tierra.

Este experimento era decisivo, y desde entonces quedó demostrado, que el rayo y la electricidad eran una misma cosa.

La primera idea de la heroica esperiencia del ciervo volante, se atribuyó á Franklin, y el pobre Romas quedó en completo olvido. Pero la Academia de Ciencias de Paris, del claró el 4 de febrero de 1764 que Romas habia tenido la primera idea del ciervo volante eléctrico.

Si la primera idea del ciervo volante eléctrico puede ser disputada á Franklin, no sucede lo mismo con la del pararrayos, admitiendo que el pararrayos y el ciervo volante eléctrico sea invencion moderna, lo que estoy lejos de aceptar.

Habiendo caido un rayo, en la primavera de 1750 sobre el campanario de la iglesia holandesa en Nueva York, dió en el martillo del reloj, fué descendiendo hasta llegar al suelo donde se dispó. Cierta máquina que tenia el reloj, se reemplazó con una cadena de cobre, y habiendo vuelto á caer otro rayo en el verano de 1763 en el mismo campanario, descendió tambien desde el martillo, hasta la péndola rompiendo la cadena de cobre; siguió sin dejar huella alguna, la péndola y fué á parar al mismo sitio que el anterior. Franklin concibió entonces la idea de poner sobre el campanario un conductor que dominase desde la cúpula hasta el suelo, y en 1765 cayó un rayo por tercera vez sobre el campanario y se dejó conducir inocentemente por el conductor, como nos lo dice el mismo Franklin.

Este fué el primer pararrayos.

Todos los edificios de Filadelfia se armaron desde entonces contra el rayo; los particulares se apresuraron á imitar al gobierno.

En un principio, el pararrayo y su conductor estaban aislados del edificio que debian preservar; mas hoy se los pone en toda la comunicacion posible con ellos, sobre todo cuando entran en su construccion partes metálicas bastante considerables.

Desde el ingenioso experimento de la balanza de torsion,

nuestros físicos han reconocido que las puntas no sustraen al rayo, sino que suministran ó dejan escapar una electricidad contraria que neutraliza la de las nubes tormentosas. Si toda la Europa estuviese cubierta de pararrayos, el rayo, y por consecuencia el granizo, no existiría entre nosotros. Según cierto químico francés, la paja es mejor conductor de electricidad que los metales.

Por lo que respecta á los pararrayos de que ha hecho experimentos un tal Lapostolle, me adhiero á la opinion de Mr. Arago, el cual piensa que las compañías de seguros mútuos es el mejor pararrayos que se conoce.... cuando no hacen bancarota.

DE LAS CARICIAS EN LA FAMILIA.—Nuestras amistades mas verdaderas parece que tienen necesidad de reanimarse con manifestaciones exteriores; por eso las caricias escitan mas vivamente la ternura que nos conduce á prodigarlas. El niño acariciador es mas amado por sus padres por que despierta la afeccion en el corazón de los padres y en el suyo. Por desgracia, la edad borra insensiblemente esta costum-

bre: cuando crecemos nos avergonzamos de la candidez de nuestra expresion, sin que conozcamos que la frialdad exterior con que aparecemos entonces llega bien pronto al corazón. De aqui procede varias veces, la indiferencia que se establece entre los miembros de una misma familia; de aqui proviene aquella desafeccion reciproca que los separa en medio de la vida y los hace estraños entre si, cuando no hostiles. Obsérvese bien lo que decimos, y se verá que acaso el primer dia en que nos hemos olvidado de besar á nuestro padre ó á nuestra hermana cuando nos hemos levantado, hemos empezado á amarlos menos. A fuerza de suprimir la expresion de una emocion, el hombre va perdiendo la costumbre de prodigar sus caricias; la manifestacion aparente de un sentimiento sostiene su afecto, asi como el ejercicio del cuerpo le fortalece, como el uso de la palabra acrecienta la energía de su espíritu. La pérdida de las costumbres, acariciadoras de la infancia, es una desgracia para nuestras costumbres, porque es una de las causas mas propias para destruir el afecto de las familias, que es la mas dulce y la mas benéfica de todas las amistades.

ESTUDIOS ARTISTICOS.



La vuelta del soldado Antonio Herbelot. (Véase la página 270 de este mismo tomo.)